

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



LA GUERRA EMPIEZA EN CUBA

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La guerra empieza en Cuba”:
Berta Muñoz Cáliz.

LA GUERRA EMPIEZA EN CUBA

FARSA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS.

Esta obra se estrenó en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, la noche del 18 de noviembre de 1955, con el siguiente

REPARTO

| | |
|---------------------------|------------------------------|
| <i>Adelaida</i> | TINA GASCÓ |
| <i>Juanita</i> | TINA GASCÓ |
| <i>Doña Mariana</i> | LUISA RODRIGO |
| <i>Pepa</i> | MARÍA LUISA PONTE |
| <i>Margarita</i> | ANA LEYVA |
| <i>Rita</i> | JULIA M. ^a BUTRÓN |
| <i>María Teresa</i> | GRACIA MORALES |
| <i>María Rosa</i> | LOLITA GÓMEZ |
| <i>Javier</i> | JOSÉ BÓDALO |
| <i>Don Bernardo</i> | MIGUEL ÁNGEL |
| <i>El Marqués</i> | JULIO SAN JUAN |
| <i>Pepito</i> | ENRIQUE ÁVILA |
| <i>Florentino</i> | CARLOS MENDY |

Decorado y figurines: Emilio Burgos.

Dirección: Fernando Granada.

DEDICATORIA:

*A Vicente Gállego, gran amigo de
todas las horas*

V.R.I.

ACTO PRIMERO

Es el fin del siglo. En la capital de una provincia española. Un salón isabelino. Una gran puerta entre cortinajes, y siempre abierta, al fondo. Una amplia embocadura, a la izquierda –términos del público–, que comunica con otro salón. En el ángulo de este lateral con el fondo, un piano de cola. A la derecha, dos puertas. Y en el chaflán de este lado, un altísimo balcón. Una consola con espejo, también a la derecha, en primer término. Lienzos con paisajes románticos. Un sofá con sillones, a la derecha. Una mesa redonda, a la izquierda. Una tarde de invierno.

(En escena aparecen, al levantarse el telón, dos personajes: Pepito y Margarita. Pepito es un muchacho joven, bien vestido y un tanto petimetre. Margarita es una dama ya otoñal, muy compuesta y peripuesta. Viste un lindo traje de calle. Los dos están inmóviles, muy distantes el uno del otro, casi vueltos de espaldas entre sí, y en una actitud profundamente dramática, con las miradas perdidas en el infinito... Y así, quietos y callados, permanecen unos momentos. Por la entrada del fondo, en seguida, surge el Marqués. Es un anciano pulcro y viejísimo que anda con pasitos muy cortos apoyado en su bastón. Gasta una pequeña barba. Llega hasta Pepito y allí se detiene en humildísima actitud. Pepito, muy altanero, muy digno, con los brazos cruzados, no le mira y espera. Al cabo, habla el Marqués)

MARQUÉS.—¡Padre!

PEPITO.—¡Hijo!

MARGARITA.—(Aterrada) ¡Dios del cielo! ¡Es él!

MARQUÉS.—¡Padre! Me has llamado y aquí estoy. Con la sangre hirviéndome en las venas, sí. Pero bien abatido mi orgullo de hombre mozo... Heme aquí, padre, postrado.

(El Marqués, con visible esfuerzo, se arrodilla ante Pepito)

De rodillas y a tus pies...

PEPITO.—(Noblemente) ¡No! De rodillas, no. En pie, como un hombre...

MARQUÉS.—(Tan tranquilo) Bueno.

(Y se levanta, casi con dolor. Mientras, Margarita, cautamente, ha cruzado por el fondo y, a bastante distancia, se ha situado entre los dos hombres. Junta las manos a la altura del pecho y eleva los ojos al cielo. Después, avanza unos pasos hacia Pepito y, francamente influida por el más viejo estilo, declama)

MARGARITA.—¡Ah, buen esposo que me diste tu nombre ante el altar! ¿Tú también vas a dudar de mi virtud?

(Retrocede, horrorizada, y habla como en un aparte)

¡Estoy mintiendo, Dios mío! ¿Seré buena? ¿Seré mala?

(Se rehace y da un nuevo paso adelante. Esta vez, hacia el Marqués)

¡Hijo! ¡Hijo mío, si no de mis entrañas, sí mío y muy mío, porque eres hijo del esposo que amo y solo como a hijo te amaré siempre!

(Retrocede otra vez, con espanto)

¡Otra vez la mentira! ¿Qué demonio siniestro gobierna mis pensamientos? ¿Seré buena? ¿Seré mala?

(El Marqués, en silencio, dirige una torva mirada en torno)

MARQUÉS.—¡Oh, padre! Esa mujer aquí...

MARGARITA.—*(Transida)* ¡Me ha visto!

PEPITO.—¡Desdichado! Esa mujer es tu madre...

MARQUÉS.—*(Muy afectado)* ¡No, padre mío! Eso, no. Mi madre murió...

PEPITO.—¡Calla! *(Con una amorosa mirada a Margarita)* Esa mujer es tu madre por la ley de mi corazón...

MARQUÉS.—¡Padre!

PEPITO.—¡Hijo!

MARQUÉS.—¡¡Padre!!¹

1 En su «Viaje alrededor de un escenario», Ruiz Iriarte ironizaba así sobre los dramas postrománticos, como el que ensayan los personajes de *La guerra empieza en Cuba*: «Yo, personalmente, me acuso de nefandas faltas de respeto para mis próximos antepasados en el arte de la literatura escénica. Una de

(De pronto, Pepito cambia de gesto y de actitud y, con muchísima naturalidad, dice, dirigiéndose amablemente a los otros dos)

PEPITO.—Un momento. ¿No creen ustedes que resultaría más propio que yo hiciera el papel del hijo y usted, señor Marqués, fuera el padre?

MARGARITA.—*(Contentísima)* ¡Ay, sí! En eso mismo estaba pensando yo...

MARQUÉS.—*(Indignado)* ¡Ca! Ni hablar. El hijo soy yo...

PEPITO.—*(Muy apurado)* Pero señor Marqués...

MARQUÉS.—*(Enfurecidísimo)* Nada, nada. He dicho que no y no. ¡Ea!

(En la embocadura de la izquierda aparece Doña Mariana. Una muy distinguida señora, como se verá, bastante locuaz y parlanchina. Trae en la mano un ejemplar en rústica de la obra que se ensaya)

MARIANA.—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué se interrumpe el ensayo otra vez?

MARQUÉS.—*(Furioso)* Porque este caballerito quiere hacer mi papel. Y no lo consiento, ea. Sepa usted, señor mío, que, en otra ocasión, cuando representamos esta misma obra a beneficio de los huérfanos de la provincia, yo hice el papel del hijo...

PEPITO.—*(Sublevado)* Pero hace muchísimos años, señor Marqués...

MARQUÉS.—¡Alto! *(Picadísimo)* ¿Qué quiere decir este pollo?

MARIANA.—¡Pepito!

PEPITO.—*(Suplicante)* Doña Mariana, póngase usted en mi lugar. En la escena del tercer acto tengo que decirle al señor Marqués traidor, infame y fementido. Y ya verá usted. *(Con lógico apuro)* El señor Marqués es muy popular y el público va a tomar muy a mal que yo le falte al respeto de esa manera. Y

mis diversiones favoritas era reunir a mis amigos para leerles en voz alta *El nudo gordiano*, de Eugenio Sellés. La perversa intención que yo ponía en mi lectura conseguía arrancar de mis oyentes verdaderos torrentes de carcajadas. Algo incalificable. Porque *El nudo gordiano*, ya se sabe, es un drama muy sentido...» (*Teatro 2* (diciembre 1952): 42-47; cita en 45a); y «Los autores en ciernes de mi generación, como los de todos los tiempos, escribíamos, con preferencia, dramas. Entre otras razones, porque es más fácil... Claro que escribir un gran drama es tan difícil como escribir una gran comedia. Pero escribir un drama discreto solamente, que es lo que más abunda en el género a lo largo de los siglos, ya es otro cantar. Yo he escrito dramas angustiosísimos, que a mí mismo me hacían llorar. He creado alguna madre, tan desventurada como la que más, que durante tres actos –y a veces cuatro: mi crueldad no tenía límites– pasaba verdaderas amarguras para comunicarle al galán joven que era su única y legítima madre, ya que solo a ella le podía constar con certeza tal incidente. Cuando, como punto final del drama, yo escribía esta impresionante palabra: «¡Madre!», me estremecía de placer. Después, sencillamente, sin darme ninguna importancia ponía «Telón» con letra no desprovista de elegancia y me daba a los sueños más venturosos» (47a).

estoy seguro, segurísimo, de que se aprovecharán para silbarme, porque soy el hijo del alcalde. Se lo digo yo, doña Mariana, que aquí no son tan finos como en Madrid; que en esta provincia son muy rebeldes. ¡Digo! Hay que ver el trabajo que le cuesta a papá ganar todas las elecciones...

MARGARITA.—Mira, Mariana. Yo creo que si Pepito hiciera el papel del hijo, la función resultaría mucho más emocionante. Porque figúrate tú: en el segundo acto, cuando el hijo llega y me besa con tanta pasión...

MARIANA.—(*Muy rápida*) ¡Margarita! ¡No seas desahogada!

MARGARITA.—(*Ruborizadísima*) ¡Jesús! ¿Qué estás pensando?

MARIANA.—Lo mismo que tú, hijita. Pero hay que tener paciencia y cada uno debe aguantarse con su papel. (*Muy autoritaria*) De manera que no se hable más. ¡El Marqués será el hijo!

MARQUÉS.—¡Bravo!

MARIANA.—Eso es. (*Encantada*) Y yo seré la muchacha que vende flores en el «boulevard»...

MARQUÉS.—¡Soberbio!

MARIANA.—Por cierto, tengo una idea. ¿Qué le parecería a usted, Marqués, si cuando yo salgo con mi cestito de violetas al brazo, me adelantase hasta el público y en vez de decir que soy huérfana y todas esas cosas que, después de todo, no hacen falta, porque ya se sabe que en este drama todos son huérfanos, yo cantase una canción de París?

MARQUÉS.—(*Con entusiasmo*) Pero eso sería magnífico.

MARIANA.—¿Verdad que sí? Pues ya está decidido. ¡Cantaré! (*Contentísima*) ¡Ah! ¡Será una velada espléndida! ¡Es tan hermosa esta obra! ¡Qué drama tan profundo! (*A Margarita*) Cuando tú te debates entre el sagrado amor que sientes por el padre y la pasión pecadora que te arrastra y te arrastra hacia el hijastro... ¡Qué trágica es esa escena! Es como la misma vida. (*Transición*) A propósito, querida: yo creo que cuando dices que amas en secreto al Marqués pones poquísima pasión, y, desde luego, hijita, no se nota nada que eso sea pecado...

MARGARITA.—Pero, Mariana... es que esa escena es muy difícil...

MARIANA.—Claro, claro, hijita. ¿A mí qué vas a decirme? Pero, de todos modos, ten en cuenta que cuando el Marqués se ponga su uniforme de húsar quedará muy apuesto, muy bizarro y muy... En fin, todo eso.

MARQUÉS.—¡Je! (*Nostálgico*) La otra vez, cuando hicimos esta función...

PEPITO.—¡Y dale!

MARIANA.—(*Radiante*) ¡Ay! Esta será la mejor fiesta que se ha dado a beneficio de los voluntarios de Cuba. Ya lo estoy viendo. Todo el teatro lleno con la mejor sociedad de la provincia. Mi yerno, el Gobernador, y mi hija, la Gobernadora,

en su palco. La sala adornada con banderas y guirnaldas. De pronto, la Banda Municipal, que toca un pasodoble. Entonces, el público, lleno de fervor patriótico, que se pone en pie y grita: ¡Viva España! ¡Viva Cuba! ¡Abajo los insurrectos! Y al acabar la función, los voluntarios de la provincia saldrán al escenario, y todos aplaudiremos muchísimo y les arrojaremos flores y besos y... (*Se interrumpe emocionadísima*) ¿Ves, Margarita? Lo pienso y ya, ya estoy llorando.

(*Se sientan. Todos se acercan, la rodean y la confortan*)

TODOS.—¡Oh!

MARQUÉS.—Ea, ea, ea...

MARGARITA.—Pero, mujer...

PEPITO.—¡Qué patriota es esta doña Mariana!

MARIANA.—Muchísimo, Pepito. Bien puedes decirlo. ¡Ah! Cuando pienso lo que estará sufriendo mi pobre marido allá en La Habana, rodeado de insurrectos por todas partes...

PEPITO.—¿Cree usted que su marido se habrá alistado en el Ejército?

MARIANA.—¡Quía! Eso sí que no. Mi marido es muy liberal... Y los héroes, ya se sabe, serán todo lo que quieran, pero nunca son liberales. Claro que si yo hubiera sido hombre hubiera sido poco liberal y muy héroe. Pero cualquiera le mete a mi marido estas cosas en la cabeza. Los liberales son muy tozudos, pobrecitos, y si no se les da la razón en todo, no están contentos. ¿Qué quieren ustedes? En mi familia nunca estamos de acuerdo. Aquí me tienen ustedes a mí, tan alegre y siempre tan dispuesta a divertirme un poquito. Y en cambio, ahí está mi hija, la Gobernadora, tan rígida y tan severa, que con sus ideas morales tiene en un puño a toda la provincia...

MARQUÉS.—(*Un profundo suspiro*) Eso es verdad...

PEPITO.—(*Muy lanzado*) Es que la señora Gobernadora es de lo que no hay, doña Mariana. Y se dice y se comenta. Y un día ya verá usted...

MARIANA.—¡Jesús! ¿Quieres callarte, Pepito? Mi hija va a llegar de un momento a otro, y si te oye hablar así, en su propia casa, estamos perdidos...

PEPITO.—¡Oh!

(*Asoma por el fondo Rita, una muchacha bonita, doncella de la casa*)

RITA.—Con permiso de la señora...

MARIANA.—¿Qué ocurre, Rita?

RITA.—Las niñas de doña Margarita, que están ahí, esperando que termine el ensayo y dicen que si pueden pasar ya...

MARGARITA.—¡Dios mío! ¡Mis hijas! Ya las había olvidado...

(Y en el umbral de la puerta del fondo surgen María Teresa y María Rosa. Son dos adolescentes parecidísimas, casi iguales, que además visten de un modo idéntico: sus zapatos, sus medias, sus vestidos, sus sombreritos, todo, todo es igual. También se peinan del mismo modo, y sus andares y sus movimientos coinciden casi siempre. Y -cuando se indica- sin poderlo remediar, hablan las dos a la vez. Se detienen en la entrada, muy risueñas, y las dos saludan al unísono con una reverencia muy graciosa. Todos los personajes que están en escena las contemplan con un ternísimo afecto)

TODOS.—¡Oh!

MARQUÉS.—¡Míralas!

MARIANA.—¡Qué primorosas!

PEPITO.—*(Con embeleso)* ¡Qué ricas son!

(Rita desaparece. Las dos muchachitas avanzan unos pasos y se detienen en el centro del salón. Se miran, sonríen con pícaro complicidad y, de pronto, empiezan a recitar lo que sigue muy aprisa y con muchísima frivolidad, como si el contenido de los versos fuera algo muy mundano y muy divertido)

TERESA.—Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos a colgar,

ROSITA.—y, otra vez, con el ala en sus cristales,
jugando llamarán...

TERESA.—Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,

ROSITA.—aquellas que aprendieron nuestros nombres...
esas... no volverán.

(Todos los demás personajes, unánimes, rompen a aplaudir con tremendo entusiasmo)

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Muy bien!

TERESA.—Pero si todavía no hemos terminado...

MARIANA.—(*Vivamente*) ¡No importa!

TERESA.—(*Con justa decepción*) ¡Hay que ver! Nunca nos dejan acabar...

MARGARITA.—¡Hijas de mi vida!!

MARQUÉS.—¡Qué encanto de niñas!

PEPITO.—¡Qué talento tienen! Y qué cosas dicen...

MARGARITA.—¿Han visto ustedes? Pues en todas las casas adonde vamos de visita hacen lo mismo...

PEPITO.—¡Qué suerte!

TERESA.—¿Les ha gustado la poesía?

PEPITO.—¡Muchísimo!

MARIANA.—¡Una barbaridad! ¿Y de quién, de quién es esa poesía tan alegre?

TERESA.—(*Monísima*) Pues a ver si lo adivinan...

ROSITA.—Eso, eso.

(*Todos, interesadísimos, se acercan y rodean a las niñas*)

MARQUÉS.—A ver, a ver... ¿Es de Campoamor?²

(*Teresa y Rosita, muy satisfechas, van negando con la cabeza*)

ROSITA.—¡Quia!

PEPITO.—¿De Núñez de Arce?³

TERESA.—Que no, que no...

MARQUÉS.—¿De Echegaray?⁴

TERESA.—¡Huy! ¡Qué va!

MARIANA.—¡Caramba! ¿Pues de quién es la poesía, hijitas?

2 *Campoamor*: Ramón de Campoamor (Asturias, 1817-Madrid, 1901) gozó de gran popularidad en los últimos años del siglo XIX debido tanto a su actividad poética como a su faceta de político conservador. Aunque en su juventud tuvo una etapa próxima al romanticismo, su poesía más conocida es de un realismo y prosaísmo caseros y burgueses, radicalmente alejada del poema que leen Teresa y Rosita.

3 *Núñez de Arce*: Gaspar Núñez de Arce (Valladolid, 1834-Madrid, 1903) escribió un tipo de poesía de tono oratorio, al servicio de lo cívico y lo social, también muy alejada del intimismo de Bécquer.

4 *Echegaray*: José de Echegaray (Madrid, 1832-1916) fue el dramaturgo más popular de la Restauración. Obtuvo el Premio Nobel en 1904, compartido con el poeta provenzal Federico Mistral. Su estilo altisonante, melodramático y retórico no podía resultar más alejado del tono poético de Gustavo Adolfo Bécquer, de ahí la hilaridad que la equivocación del Marqués podía causar en un público medianamente culto; en lo que coincide con los dos autores citados anteriormente. Por otra parte, hay que señalar que los tres autores citados por el Marqués y Pepito gozaban de una gran popularidad a finales del siglo XIX, época en la que transcurre la acción de esta comedia.

(Rosita y Teresa se miran. Al fin, habla Teresa)

TERESA.—De Espronceda...⁵

TODOS.—¡Oh!

PEPITO.—¡Claro!

MARQUÉS.—¡Acabáramos!

MARIANA.—No me choca. Todas las buenas poesías son de ese señor Espronceda...

(Pepito, con mucho ímpetu, avanza y se sitúa entre las dos muchachas. A Rosita)

PEPITO.—¡Teresa!

TERESA.—¡Pepito! Pero si Teresa soy yo...

PEPITO.—¿De veras?

ROSITA.—¡Claro! Yo soy Rosita...

PEPITO.—¡Ah!

(Margarita, que está al otro lado con doña Mariana y el Marqués, llama)

MARGARITA.—¡Rosita!

ROSITA.—Ya voy, mamá.

MARGARITA.—¡No! Tú no eres Rosita. Tú eres Teresa y Rosita es la otra. Y a mí no me engañáis... Ven aquí, Rosita.

TERESA.—*(Dócilmente)* Sí, mamá.

(Y Teresa marcha hacia el grupo de las personas mayores. Pepito se queda boquiabierto)

PEPITO.—Entonces, usted es Teresa...

ROSITA.—No, señor. Yo soy Rosita. Lo que pasa es que mamá se confunde siempre. Y nosotras, por no llevarle la contraria... ¿Comprende?

PEPITO.—¡Ah!

5 *Espronceda*: también Teresa y Rosita se equivocan al citar el nombre del autor de los versos que han recitado, Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1837-Madrid, 1870), y no José de Espronceda (Badajoz, 1808-Madrid, 1842), romántico como él, aunque de estilo poético muy diferente.

(Y, muy levemente, Rosita saluda a Pepito y va a reunirse con su hermanita y los demás. Pepito está atónito)

MARGARITA.—Es el único defecto que tienen estos ángeles. Son muy mentirosas...

MARIANA.—¡Ah! ¿Sí?

MARGARITA.—¡Oh! No quieras saber. Se inventan unas fantasías... Unas mentiras... A su padre y a mí nos ponen en cada compromiso... La semana pasada corrió el rumor de que la señora del presidente de la Audiencia había sido vista paseando del brazo de Fernandito Montoya, el abogado. Bueno. Pues todo fue un infundio de las niñas.

TERESA.—*(Muy halagada)* Mamá, por Dios, que nos vas a poner coloradas...

MARIANA.—¡Qué ricas! Pero qué ricas son...

(El Marqués ha pasado junto a Pepito)

MARQUÉS.—Oiga, pollo. Me parece a mí que a usted le gusta una de estas niñas...

PEPITO.—Sí, señor. Me gusta una barbaridad.

MARQUÉS.—Ya, ya. Y, por curiosidad, ¿cuál de las dos?

PEPITO.—Pues no lo sé. Como todavía nos las distingo...

MARQUÉS.—¡Demonio!

MARGARITA.—¡Niñas!

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—Ahora, para que os vean estos señores, vais a tocar el piano...

LAS DOS.—Sí, mamá...

TODOS.—*(Aplaudiendo)* ¡Bravo! ¡Bravo!

(Rosita y Teresa, muy juntitas, cruzan el salón en dirección al piano)

PEPITO.—*(Francamente emocionado)* Pero ¿también saben ustedes tocar el piano?

TERESA.—Pues claro...

PEPITO.—¡Lo saben todo!

(Rosita y Teresa ya están junto al piano y, muy gentilmente, se sientan en la banqueta dispuestas a tocar a cuatro manos)

TERESA.—Con el permiso de ustedes...

(Comienzan a tocar con mucha donosura «La Paloma», de Iradier.⁶ Todos, muy complacidos, se acercan y rodean el piano)

TODOS.—¡Oh!

PEPITO.—*(Sorprendidísimo)* ¡Una habanera! ¡Es una habanera!

MARGARITA.—*(En un arranque)* ¡Hijas de mi corazón!

MARIANA.—*(Muy conmovida)* ¡Ay! No puedo oír esta música sin que se me salten las lágrimas. Me veo, otra vez, en mi casa de La Habana. Veo mi coche de caballos por el paseo adelante. Me veo rodeada de mis criadas mulatas. Parece que no han pasado doce años desde que volví a España...

LAS DOS.—*(Con un dedito en los labios)* ¡Chiss!

MARIANA.—¿Qué ocurre, nenas?

TERESA.—Es que ahora viene el estribillo, que es lo más bonito...

MARIANA.—¡Ah!

TODOS.—A ver, a ver...

(Y, en efecto, las niñas atacan el estribillo. Poco a poco, el resto de los personajes, seducidos por la cadencia de la melodía, comienzan a tararear. Cuando el coro alcanza su mayor plenitud, en la puerta del fondo aparece la figura de Adelaida. Es una mujer elegante, distinguida, muy bien vestida, con sombrero y paraguas y un espléndido abrigo. Su rostro, muy bello, ciertamente, denota una gran firmeza de carácter. Se detiene bajo el dintel, inmobilizada por la desagradabilísima sorpresa que le produce el jolgorio de los demás, que siguen cantando sin advertir su presencia. Una pausa. Y al fin, con la más rígida severidad en la voz)

ADELAIDA.—¡Mamá!

(Un silencio súbito. Cesa el piano. Cesan todos de cantar y se vuelven. Se quedan inmóviles y muy impresionados. Grandes reverencias)

6 *Iradier*: Las habaneras fueron un tipo de canción surgida a finales del XIX, de ritmo lento y compás cuaternario; aunque hay diferentes teorías en torno a su origen, la más extendida afirma que surgieron en Cuba y fueron exportadas a España por indios, marineros y emigrantes. El compositor Sebastián Iradier (1809-1865) contribuyó en gran medida a la difusión de las habaneras en España, sobre todo entre las clases más cultas.

TODOS.—¡Oh!

MARIANA.—¡Jesús!

MARQUÉS.—¡Señora Gobernadora!

(Adelaida avanza, muy despacio, quitándose los guantes, el sombrero y el abrigo, que deja sobre el sofá)

ADELAIDA.—Buenas tardes. Es muy lamentable, mamá, que precisamente en mi casa tengan lugar esta clase de diversiones tan escandalosas y tan poco serias...

MARIANA.—Pero, hijita...

ADELAIDA.—Creo que, a veces, mamá, olvidas con demasiada facilidad que eres la madre política del Gobernador civil de la provincia...

MARIANA.—*(Azaradísima)* ¡Je! Pero, Adelaida, hija mía, todo esto no puede ser más inocente. Figúrate tú que estábamos ensayando la función para la velada de los voluntarios; después han venido las niñas y han empezado a decir poesías y a tocar el piano, porque la verdad es que estas criaturitas lo saben hacer todo. Vamos, nenas. ¿Por qué no le recitáis una poesía a la señora Gobernadora?

ADELAIDA.—¡Basta, mamá!

MARIANA.—¡Oh!

ADELAIDA.—Y para que lo sepas. Ya no habrá velada a beneficio de los voluntarios...

(Sensación. Todos se agitan disgustadísimos. Muy aprisa)

PEPITO.—¿Cómo?

MARQUÉS.—¿Qué dice?

MARGARITA.—Pero, Adelaida, querida...

MARQUÉS.—¡Señora Gobernadora!

ADELAIDA.—¡No habrá velada! *(Severísima)* ¡Orden del Gobernador!

TODOS.—¡Oh!

ADELAIDA.—El país no está para fiestas y saraos. Mi marido ha recibido las últimas noticias de Madrid. Y el momento no puede ser más grave. La situación de Cuba ha empeorado...

MARQUÉS.—*(Muy interesado)* ¿De veras?

ADELAIDA.—¡Sí!

MARQUÉS.—¡Huy! *(Profundo)* Me parece a mí que de esto de Cuba se va a hablar mucho...

ADELAIDA.—La insurrección de unos grupos de rebeldes desagradecidos se ha convertido en una verdadera guerra. El Consejo de Ministros ha acordado enviar allí al General Martínez Campos.⁷ La Reina quiere que todos aportemos nuestros esfuerzos para que el triunfo del Ejército sea rápido y definitivo. Y, como siempre, estoy decidida a que esta provincia sea la primera en dar ejemplo de moralidad y de austeridad, que tan necesarias nos son en estos momentos...

TODOS.—¡Oh!

ADELAIDA.—Naturalmente, las mujeres no vamos a cruzarnos de brazos. Tenemos muchas cosas que hacer...

MARGARITA.—Puedes contar conmigo para todo, Adelaida. Ya sabes que tanto mi marido como yo, y hasta las niñas, estamos siempre a tus órdenes. Pues no faltaría más...

ADELAIDA.—Gracias, Margarita. No esperaba menos de ti.

MARGARITA.—Por Dios... ¡Ay! Se me ha hecho tardísimo y todavía tengo que hacer un par de visitas. Os confío a las niñas y volveré luego a recogerlas. ¡Niñas!

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—Pasad al salón y entreteneos viendo los abanicos de doña Adelaida...

TERESA.—Pero, mamá, si ya los hemos visto...

MARGARITA.—¡Otra vez!

LAS DOS.—Sí, mamá...

(Las dos niñas saludan gentilmente)

Con el permiso de ustedes... *(Y salen por la embocadura)*.

MARGARITA.—Buenas tardes, querida. Adiós, Adelaida. Muchos recuerdos al Gobernador. ¡Caballeros! No, no me acompañes, Mariana. Conozco el camino. *(Sale presurosamente por el fondo)*

ADELAIDA.—¡Mamá!

MARIANA.—¡Hijita!

ADELAIDA.—Por favor... Te necesito.

MARIANA.—Sí, hijita. Como tú quieras.

⁷ Arsenio Martínez Campos (Segovia, 1831-Zarauz, 1900), militar y político español, fue nombrado gobernador de Cuba en 1895. Sus intentos pacificadores no obtuvieron resultado y dimitió del cargo por considerarse fracasado.

(Adelaida, desde la primera puerta de la derecha, saluda muy fríamente)

ADELAIDA.—Buenas tardes, caballeros. He tenido un gran placer...

(Sale seguida de doña Mariana. Queda solos Pepito y El Marqués. Se miran. De pronto, Pepito pega un respingo)

PEPITO.—¡Maldita sea!

MARQUÉS.—¡Muchacho!

PEPITO.—¡No puedo más!

MARQUÉS.—Pero, hombre... ¿Quiere usted hablar más bajo?

PEPITO.—¡Le digo a usted que no puedo más! Desde que hace un año mandaron nuevo Gobernador a esta provincia, aquí no se puede vivir. Y la culpa es de ella. Porque todos sabemos lo que se quiere decir cuando se dice: ¡Orden del Gobernador! El Gobernador no hace más que lo manda su mujer...

MARQUÉS.—*(Un suspiro)* Cierto, hijo, muy cierto...

PEPITO.—Y esta señora abusa. Ha prohibido los bailes públicos; ha ordenado que se cierren los cafés por la noche; no se puede jugar a las cartas en el Casino... Y, por si todo esto no fuera bastante, ahora nos prohíbe la función a beneficio de los voluntarios, que era la única ocasión que nos quedaba para divertirnos un poquito aprovechando lo de la guerra. ¡Huy! *(Con desesperación)* Yo no puedo más, señor Marqués. Aquí nos está haciendo falta un hombre...

MARQUÉS.—¡Caramba! ¡Pepito!

PEPITO.—¡Sí! Un hombre decidido, que le haga frente a la Gobernadora. Un hombre audaz, sin escrúpulos, que no le tenga miedo al escándalo... Un libertino. Uno de esos hombres que aquí llaman sinvergüenzas y que en Madrid dicen que son muy simpáticos. ¿Me entiende usted? Si no aparece ese hombre, yo voy a hacer un disparate. ¡Maldita sea! Le digo a usted que no resisto más. Papá dice que mi carrera es la política, porque España necesita hombres. Y yo, ya estaba decidido. Porque, ¿qué no haré yo por España? Pero ya verá usted qué chasco le voy a dar a papá. *(Muy arrojado)* Si la Gobernadora sigue haciendo de las suyas y teniéndonos a todos en vilo, yo me largo a Madrid y me hago republicano...

MARQUÉS.—*(Alarmadísimo)* ¡No! Eso, no, Pepito. Prométame usted que no hará eso...

PEPITO.—¡Señor Marqués! Es que no puedo más...

MARQUÉS.—No, hijo mío. Republicano, no.

(En el fondo, aparece Rita, seguida de Javier. Un buen mozo, de aspecto cordial y simpático, que viste uniforme de Capitán de Infantería)

RITA.—Tenga la bondad de esperar aquí un momento. ¿A quién anuncio?

JAVIER.—Javier Castellanos. Dígale a doña Mariana que acabo de llegar de Madrid y dele este sobre. Es una carta de presentación de su amiga la condesa...

RITA.—Sí, señor. Con mucho gusto.

(Sale Rita por la derecha. Pepito y el Marqués observan al recién llegado con mucha curiosidad. Luego cambian entre sí una mirada y Pepito avanza decidido)

PEPITO.—¡Caballero!

JAVIER.—Señor mío...

PEPITO.—Permítame que me presente. Yo soy el hijo del alcalde, pero puede usted llamarme Pepito, como todo el mundo. Aquí, el Marqués de Fuente Real. Es el jefe de los republicanos...

(Javier se inclina. El Marqués avanza hacia él)

MARQUÉS.—¡Joven! *(Con sincerísimo interés)* ¿Cómo está la Reina?

JAVIER.—¡Oh! Su Majestad disfruta de una excelente salud...

MARQUÉS.—¡Gracias a Dios! Ahora ya me quedo tranquilo...

PEPITO.—*(Muy mundano)* ¡Je! Vaya, vaya con el Capitán... Conque de Madrid. Bueno. Supongo que su llegada a esta ciudad se deberá a una desgracia de familia...

JAVIER.—No, señor. Vengo trasladado a esta guarnición.

PEPITO.—¡Ah! ¿Sí?

JAVIER.—Sí. Mi coronel insistió tanto... Me dio veinticuatro horas de tiempo para salir de Madrid.

PEPITO.—¡Huy!

MARQUÉS.—¡Hola! Entonces, ¿se trata de un castigo?

JAVIER.—¡Je! Sí, señor. Eso es.

MARQUÉS.—¿Algún duelo?

JAVIER.—No... *(Muy natural)* Estos días, no.

PEPITO.—¡Demonio! Entonces, ¿puede saberse por qué?

JAVIER.—Pues... en realidad, una tontería. Figúrense ustedes que una de estas noches iba yo dando un paseo en simón por la calle de Alcalá con la

«Bella Pepita», una chica muy salada que canta en el «Edén». De pronto, se nos ocurrió entrar en «Fornos» a tomar algo.⁸ *(Se calla. Muy bajito)* Y entramos.

MARQUÉS.—¿Y eso fue todo?

JAVIER.—Sí...

PEPITO.—Pues no veo la razón...

JAVIER.—Bueno. La verdad es que entramos en «Fornos» sin bajar del coche...

(El Marqués y Pepito se yerguen súbitamente)

PEPITO.—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que entraron en «Fornos» con un coche de caballos?

JAVIER.—Eso mismo. Fue un capricho de la «Bella Pepita». Y yo, por no llevarle la contraria...

(El Marqués y Pepito se miran iluminados)

PEPITO.—¡Marqués!

MARQUÉS.—¡Pepito!

PEPITO.—¡Es un libertino!

MARQUÉS.—¡Es un perillán!

PEPITO.—¡Es un balarrasa!

JAVIER.—*(Mohíno)* Bueno. Pero yo creo que aquí, entre ustedes, me regeneraré...

LOS DOS.—¡No!

PEPITO.—¡Ah, no! De eso, ni hablar...

JAVIER.—*(Estupefacto)* ¿Cómo?

PEPITO.—*(Con muchísima energía)* ¡Usted es un sinvergüenza!

JAVIER.—¡Oiga!

PEPITO.—¡Sí! Y los hombres como usted no se enmiendan con facilidad. Pues no faltaría más. ¡Deme usted un abrazo!

MARQUÉS.—Y a mí, otro. ¡Estoy más emocionado!

PEPITO.—¡Huy! Me parece a mí que esta vez la Gobernadora ha encontrado la medida de su zapato. *(Con entusiasmo)* Usted trae el escándalo, la disipación y el libertinaje...

JAVIER.—Bueno, bueno... No tanto.

8 *Fornos*: el «Café Restaurant de Fornos» situado en la calle Alcalá, esquina Peligros, fue desde 1870 uno de los más elegantes e interesantes hasta su cierre alrededor de 1910. El nombre procede del apellido del propietario, antiguo ayuda de cámara del Marqués de Salamanca.

PEPITO.—¡Usted va a hacer una revolución en la provincia!

JAVIER.—Hombre... *(Modestamente)* Yo no quisiera molestar.

PEPITO.—¿Quiere usted callarse? Ahora mismo me voy al Casino para prevenir a los amigos y que se le den toda clase de facilidades. ¡Ah! Escuche: en el callejón de los Candiles hay una taberna de muy mala fama. Es un buen sitio para empezar. Si le interesa, le diré que en el sótano del Casino se juega todas las noches a los prohibidos. Y se arma cada camorra... ¡Ah! Conviene que repita aquí lo de «Fornos». Será de mucho efecto. Tome nota. El «Café Universal» está en la Plaza Mayor...

(Y sale disparado por el fondo, loco de entusiasmo. Javier, asombradísimo, se vuelve hacia el Marqués)

JAVIER.—Pero, Marqués... ¿Qué quiere decir esto?

MARQUÉS.—¡Chiss! No pregunte. No quiera saber. Usted límitese a actuar conforme a su natural modo de ser. Mujeres, vino, desafíos... Lo que guste. Y sepa, capitán, que los elementos avanzados de la provincia tienen los ojos puestos en usted. Ahora mismo voy a mi periódico para escribir un artículo de fondo de esos que levantan los ánimos. Ya verá. Mañana por la mañana saldrá bueno *El Radical*. Buenas tardes. ¡Chiss! He dicho que ni una palabra...

(Y sale, siguiendo las huellas de Pepito, todo lo aprisa que puede. Javier, solo, preocupadísimo, se deja caer en un sillón. Una pequeña pausa. Se oye la voz de Mariana)

MARIANA.—*(Dentro)* ¿Dónde? ¿Dónde está?

(Javier se pone en pie. Entra Mariana por la derecha. Muy contenta)

¡Oh! ¡Mi querido muchacho! ¿Me permites que te tutee? Pues claro que sí... Nada, nada. Lo sé todo, porque me lo cuenta la condesa en su carta. *(Se ríe encantada)* De manera que te mandan aquí por pillo... Es maravilloso. Déjame que te abrace.

JAVIER.—Pero, señora, ¿usted también se alegra?

MARIANA.—¡Naturalmente!

JAVIER.—¡Oh! Esto es fantástico...

(Aparece Adelaida en la puerta de la derecha. Se detiene allí y contempla al Capitán con fría curiosidad)

ADELAIDA.—¡Caballero!

MARIANA.—¡Ah! Mira. Os presentaré...

(Javier, que desde que apareció Adelaida la mira como deslumbrado, da un paso hacia ella)

JAVIER.—*(Sonriendo, ilusionadísimo)* Pero si no hace falta...

MARIANA.—¿Cómo?

JAVIER.—¡Tú!

ADELAIDA.—¿Qué?

JAVIER.—Eres tú... ¿Cómo podía yo imaginar que nos íbamos a volver a encontrar tan pronto?

ADELAIDA.—Pero, caballero... Usted se confunde.

JAVIER.—¿Qué dices? ¿Has olvidado que anoche, en el tren de Madrid...?

ADELAIDA.—*(Un grito)* ¡Ayyy! ¿Qué dice este hombre?

MARIANA.—¡Ay, Dios mío!

ADELAIDA.—*(Furiosa)* ¡Yo no le conozco! ¡Yo no le he visto en mi vida! Yo no he pasado la noche en el tren de Madrid...

JAVIER.—*(Airado)* Pero ¿serás capaz de negarlo?

ADELAIDA.—¡Basta! Sepa usted, señor mío, que está usted hablando con la esposa del Gobernador, y no le tolero que me insulte...

JAVIER.—*(Suspense)* ¡La esposa del Gobernador!

ADELAIDA.—*(Ronca)* ¡Mamá! Dile a este caballero que salga inmediatamente...

JAVIER.—Deje... *(La mira lentamente)* No es necesario.

(Bruscamente, marcha hacia el fondo. Allí se vuelve, la mira otra vez de arriba abajo, se cuadra y saluda firme)

Buenas tardes. ¡A la orden de la señora Gobernadora!

(Sale. Adelaida, sofocada, se deja caer en un sofá, casi desfallecida)

ADELAIDA.—Mamá...

MARIANA.—*(Acudiendo)* ¡Hija! ¿Te sientes mal?

ADELAIDA.—Creo que sí...

MARIANA.—¡Jesús! No me asustes...

ADELAIDA.—¿Qué significa esto, mamá? Ese hombre estaba muy seguro de lo que decía. No hay duda... Es que me ha confundido con otra. *(Se estremece)* Y eso, mamá, eso no me había vuelto a suceder desde que salimos de La Habana...

MARIANA.—*(Asustada)* ¡Hija! ¿Qué estás pensando?

ADELAIDA.—Pero ¿no te das cuenta, mamá? ¿No te das cuenta?

(En este instante aparecen bajo la embocadura de la izquierda Rosita y Teresa)

TERESA.—¿Se puede? Es que ya hemos visto todos los abanicos...

(Mariana y Adelaida, como respondiendo a una misma idea, fijan sus ojos en las dos niñas. Es una mirada penetrante, obsesiva. Rosita y Teresa, muy despacito, cruzan la escena, siempre seguidas por las miradas de Mariana y Adelaida, y llegan a la puerta de la derecha. Allí se vuelven antes de salir y sonrían muy finas)

LAS DOS.—Con el permiso de ustedes...

(Salen. Un levísimo silencio. Adelaida y Mariana se miran ahora entre sí)

ADELAIDA.—*(Muy bajito)* ¡Mamá! Estás pensando lo mismo que yo...

MARIANA.—*(Nerviosísima)* ¡Adelaida! ¿Será posible?

ADELAIDA.—¡Ay, mamá! Tengo muchísimo miedo. No he querido decírtelo antes para no alarmarte. Pero tienes que saberlo. La semana pasada llegó a Cádiz un barco de repatriados de Cuba...

MARIANA.—*(Un grito sofocado)* ¡Jesús!

ADELAIDA.—Ella está aquí, mamá. Lo presiento. Y estoy segura de que no me equivoco...

MARIANA.—¡Dios mío! Entonces, estamos perdidas. ¿Qué vamos a hacer?

(Aparece Rita, la doncella, atropelladamente por la puerta de la derecha. Trae en el rostro la impresión de un gran susto. Atraviesa la escena, se planta ante Adelaida y se queda mirándola fijamente)

RITA.—¡Señora!

ADELAIDA.—¡Rita! ¿Por qué me miras así?

RITA.—¿Es usted, verdad?

ADELAIDA.—¡Claro!

RITA.—¿Es usted la señora Gobernadora?

ADELAIDA.—¡Naturalmente! ¿Es que te has vuelto loca?

RITA.—Entonces, si es usted la señora Gobernadora y está usted aquí, ¿por qué está usted también, ahora mismo, paseando por la acera de enfrente?

(Adelaida y Mariana, aterradas, gritan a un tiempo asustadísimas)

LAS DOS.—¡Ayyy!

(Las tres escapan corriendo, llegan al balcón y miran a la calle. Mariana y Adelaida se apartan horrorizadas.)

ADELAIDA.—¡Mírala!

MARIANA.—¡Es ella!

ADELAIDA.—¡Ella! Y va a subir de un momento a otro. Y provocará un escándalo...

MARIANA.—¡Un escándalo en mi casa! *(Nerviosísima)* Dios te salve, María, llena eres de gracia...

ADELAIDA.—¡Mamá! Por Dios, no perdamos la calma. *(Rehaciéndose)* Recíbela tú. Yo no debo verla. Sería muchísimo peor. Y además, no conseguiríamos nada. Dile que esta misma noche, sin que nadie se entere, sin que nadie la vea, tiene que salir para Madrid. Mañana, con cualquier pretexto, tú y yo tomaremos el tren y nos reuniremos con ella. Dile que haremos todo lo que ella quiera. La daremos todo lo que pida. Estamos en sus manos. Pero aquí no. Que no la vean. Todo menos el escándalo. Un escándalo destrozaría la carrera política de mi marido y me haría desgraciada para siempre. Además, él no puede saber ahora lo que hemos ocultado siempre. No nos perdonaría que le hubiéramos engañado. Dile todo eso, mamá. Díselo, por Dios. Pídeselo de rodillas si es necesario... Yo espero en tu gabinete.

(Sale por la izquierda. Doña Mariana, que no puede más, se deja caer en el sofá)

MARIANA.—¡Rita!

RITA.—Sí, señora.

MARIANA.—¡Siéntate!

RITA.—¡Ay, no señora! Eso sí que no.

MARIANA.—¡Que te sientes te digo! Para tratamientos estamos ahora...

RITA.—¡Ay, Dios mío!

MARIANA.—Rita, hija mía, prométeme que jamás, jamás, le dirás a nadie lo que has visto... y lo que vas a ver. ¿Me lo prometes?

RITA.—Sí, señora. ¡Por estas!

MARIANA.—¡Gracias! (*Emocionada*) ¡Dios te lo pague! Ahora, acércate al balcón y mira...

(Rita obedece. Se levanta, va al balcón y mira por los cristales. De nuevo, se asombra y, sin poderlo remediar, se santigua)

RITA.—¡Ave María Purísima! Si no se ve, no se cree...

MARIANA.—(*Sobrecogida*) ¿Está ahí?

RITA.—Sí, sí, señora...

MARIANA.—¿Qué hace?

RITA.—Está mirando hacia aquí.

MARIANA.—¡Ay!

RITA.—Y ahora se ha puesto en jarras...

MARIANA.—¡En jarras!

RITA.—¡Sí!

MARIANA.—¡Qué mala señal! (*Dolorosamente*) Pero no me choca. La pobrecita siempre fue de una ordinariez...

RITA.—¡Ay!

MARIANA.—¿Qué?

RITA.—Parece que se va...

MARIANA.—¿A dónde?

RITA.—No lo sé. Ha dado la vuelta a la esquina...

MARIANA.—(*Un suspiro*) ¡Gracias a Dios!

RITA.—¡Ay!

MARIANA.—¿Qué?

RITA.—(*Nerviosísima*) Está ahí, otra vez...

MARIANA.—Pero, hijita, me vas a hacer enfermar...

RITA.—Pero si es que ha vuelto. Y está ahí, mirando, sin apartar los ojos de este balcón...

(Rita abandona el balcón y regresa junto a Mariana)

Pero, Dios mío. ¿Quién es esa señora que es igual, igual que la señora Gobernadora?

MARIANA.—(*Muy bajito*) Su hermana...

RITA.—¡Virgen!

MARIANA.—Se llama Juanita. Ven, Rita. Puesto que me has jurado callar, tienes derecho a conocer todo mi secreto. Además, hace diez años que no hablo de esto con nadie y no puedo más... Rita, hija mía, compadéceme. Todo lo que me pasa, me pasa por insensata. Cuando nos casamos y mi marido y yo marchamos a Cuba para hacer fortuna, mi marido, pobrecito, no tenía más que una ilusión... Un niño. Entonces, yo, por llevarle la contraria, solo por llevarle la contraria, tuve dos niñas.

RITA.—¡Dos gemelas!

MARIANA.—¡Qué lista eres, Rita!

RITA.—Como las niñas de doña Margarita...

MARIANA.—¡Más! (*Hasta con cierto orgullo*) ¡Muchísimo más! Mis dos hijas se parecían como una gota de agua a otra gota de agua. Con decirte que solo las distinguía yo, y eso por corazonada...

RITA.—¡Qué barbaridad!

MARIANA.—Pero, ¡ay!, así como las niñas de Margarita son dos querubines que se quieren muchísimo y están de acuerdo en todo, mis hijas no eran iguales más que en el aspecto. En el modo de ser eran completamente distintas. Adelaida fue desde niña como es ahora, como la conocéis todos: tan recta, tan severa con ella misma y con los demás. Juanita, en cambio, era una descarada, una revoltosa, siempre dispuesta a pelearse con cualquiera y decidida a hacer su voluntad por encima de todo. Cuando fueron mayorcitas, mientras Adelaida era la niña mimada de la buena sociedad de La Habana, Juanita se pasaba la vida con los criados y solo estaba a gusto entre la gente más ordinaria. Yo, naturalmente, no lo niego, quería un poquito más a Adelaida. Pero ¿qué madre no hubiera hecho lo mismo en mi lugar? Hasta que un día, cuando las niñas ya habían cumplido dieciocho años, Juanita nos dio aquel disgusto...

RITA.—¿Qué hizo?

MARIANA.—Se escapó con un ingeniero...

RITA.—(*Se santigua*) ¡Virgen Santísima!

MARIANA.—Sí, hijita. Fue algo espantoso. Yo creí morir. El deshonor cayó sobre todos nosotros. La buena sociedad de La Habana nos cerró sus puertas... Yo comprendí, en el acto, que la primera víctima de la locura de Juanita sería la pobrecita Adelaida, que jamás encontraría un marido en Cuba. Y entonces hice lo que creí que era mi deber de madre. Me vine con Adelaida a España... Y abandoné a mi marido.

RITA.—¡Pobre señor!

MARIANA.—¡Quia! No creas... Se quedó tan tranquilo.

RITA.—¡Ah! ¿Sí?

MARIANA.—Sí, hija. En el fondo, estaba deseando quedarse solo. Mi marido, como es tan liberal, es muy egoísta. *(Transición, como antes)* Y ahora, cuando después de doce años en España, ya he conseguido todo lo que me proponía; ahora, cuando ya he casado a mi Adelaida, como yo soñaba, con un gran hombre que no se sabe a dónde llegará, porque todavía no ha cumplido los sesenta y ya es Gobernador, ahora, precisamente ahora, se presenta aquí esta otra hija mía dispuesta a...

(La interrumpe un tremendo campanillazo)

LAS DOS.—¡Ayyy!

MARIANA.—*(Casi sin voz)* Ahí... Ahí está.

RITA.—¿Abro?

MARIANA.—Sí... Y, por Dios, que no grite. Y ten cuidado de que no rompa nada.

RITA.—Sí, señora. Haré lo que pueda.

(Sale Rita por el fondo. Mariana va hacia la puerta de la derecha y la cierra. Después pasa a la izquierda y corre las cortinas de la embocadura. Luego se vuelve hacia el fondo y espera con ansiedad. Dentro se oye la voz airada de Juanita)

JUANITA.—*(Dentro)* ¡Déjeme usted! ¡Quítese de en medio!

(Y, como una tromba, irrumpe Juanita por el fondo. Su rostro es exactamente igual que el de Adelaida. Pero carece por completo del aire aristocrático de su hermana. Todo en ella, tanto sus ademanes como su atavío, tiene un delicioso sabor popular. Viste muy sencillamente. Lleva un mantoncillo sobre los hombros y se cubre la cabeza con un pañolito)

¿Dónde está la Gobernadora? ¿Dónde está, que la arañó?

MARIANA.—*(Temblorosa)* ¡Juanita! Por Dios...

JUANITA.—¡Mamá!

(De pronto, se queda parada frente a su madre. Todo su arrebató se derrumba. Su furia, poco a poco, se transforma en una

emocionada congoja, en una irremediable ternura. Y se le llenan los ojos de lágrimas)

¡Oh, mamá!

MARIANA.—¡Hija!

(Mariana da un paso. Juanita, en una brusca transición, se aparta con coraje)

JUANITA.—¡Déjame!

MARIANA.—Pero, hijita...

JUANITA.—¡No te acerques!

MARIANA.—¿Es que no vas a darme un beso?

JUANITA.—¡¡No!!

MARIANA.—¡Oh!

(Juanita, en su huida, ha llegado hasta el fondo. Allí se apoya de bruces sobre el piano y llora, llora con un infinito desconsuelo. Con una rabia y una emoción profundas)

JUANITA.—¡Oh, mamá, mamáita! ¿Por qué no fuiste buena conmigo? Yo te quería tanto. ¡Te quería tanto, mamá!

MARIANA.—Pero, hija mía, la culpa de todo fue tuya. Cuando te escapaste con el ingeniero...

JUANITA.—*(Un chillido)* ¡Ayyy...!

MARIANA.—¡Jesús!

JUANITA.—¡No le nombres! ¡No quiero que le nombres!

MARIANA.—¡Oh! Está bien...

JUANITA.—¿Por qué me escapé con él? Porque vosotras me obligasteis. Porque os parecía un pobre muchacho indigno de emparentar con nuestra familia. Pero yo le quería con toda mi alma y no quise renunciar. Porque no se puede vivir sin un cariño, mamá. Y en aquella casa nuestra no había amor para mí. Papá no quería a nadie, y tú solo querías a Adelaida. Para mí solo quedaban las migajas. ¡Los besos y las caricias del ama Trinidad! ¿Es que ya no te acuerdas, mamá? *(Avanza un paso, con violencia)* ¿Es que ya no te acuerdas de aquella pobre niña que se refugiaba entre los brazos de una criada para sentir un poco del cariño que tú no le dabas y que ella necesitaba tanto, tanto? Pero tú no tenías la culpa, mamá. Era ella, era Adelaida. Ella te ganó la voluntad desde que éramos pequeñas, con su aire de niña buena y su

estúpida seriedad. ¿La recuerdas? Era una niña que no sabía cantar, ni reír, ni dar gritos. Era una niña que creía que la vida es un continuo sacrificio y no una cosa buena y alegre y maravillosa que nos manda Dios... Pero aquella niña prometía ser una gran dama, y eso era lo que halagaba tu vanidad. *(Transición. Muy decidida)* ¡Maldita sea! ¿Dónde está esa hipócrita? La voy a arrancar el pelo...

(Mariana, casi inconscientemente, se planta ante la embocadura)

MARIANA.—¡No! *(Casi con dignidad)* Te prohíbo que le arranques el pelo a tu hermana...

JUANITA.—¡Ella tuvo la culpa de todo! Porque fue ella quien te separó de mí, con sus hipocresías y sus mentiras, hasta que consiguió que estuvieras orgullosa de ella y te avergonzaras de mí. Hasta que no me convirtió en una pobre criatura rebelde y rencorosa aislada de todos no estuvo contenta. Esa, esa fue su obra. ¿Y sabes por qué hizo todo eso? Porque me odiaba. Porque me odió siempre. Porque yo era tan bonita como ella. Porque tenía sus mismos ojos, sus labios, sus manos. Porque yo era ella misma y ella nunca, nunca, podría ser sola. Lo he visto todo tan claro después, Dios mío. He pensado tanto, en tantas horas de pena, de rabia y de soledad...

MARIANA.—¿Dices que has estado sola?

JUANITA.—Sí...

MARIANA.—*(Muy prudente)* Pero ¿y el ingeniero?

JUANITA.—*(Se calla. Vuelve la cabeza y se seca una lágrima)* Murió en seguida...
Un año después.

MARIANA.—¡Oh! ¡Pobre muchacho!

(Un silencio. Mariana, sin atreverse a mirarle, habla bajito)

Entonces, hija mía, ¿qué ha sido de ti en estos años?

(Juanita, en el fondo, se revuelve como un torbellino)

JUANITA.—¡No lo preguntes! ¡No tienes derecho a saberlo!

MARIANA.—¡Ave María Purísima!

(Otro silencio. Juanita, allá en el fondo, solloza)

¡Juanita! ¿Para qué has venido?

(Juanita se yergue con el rostro iluminado por una radiante sonrisa)

JUANITA.—Pero ¿todavía no lo adivinas, mamá? He venido para vengarme...

MARIANA.—*(En pie. Alteradísima)* ¡Ay, Dios mío! ¿Qué vas a hacer?

JUANITA.—¡Oh, mamá! Tantas cosas. *(Sonríe soñadora)* Ha llegado mi hora. ¡Esa hora que he esperado durante mucho tiempo! Yo no he venido a España huyendo de la guerra. A mí no me asusta la guerra. Tú ya me conoces...

MARIANA.—¡Huy! ¡Qué vas a decirme!

JUANITA.—¡Voy a devolverle a Adelaida ojo por ojo y diente por diente! *(Con una indómita resolución)* ¡Voy a hacerle a ella todo el daño que ella me hizo a mí cuando éramos niñas! Voy a destrozar su vida...

MARIANA.—¡Juanita!

JUANITA.—¡Sí! Voy a hacer todo eso... Escucha, mamá. Hace un momento he visto en la calle, parado ante la puerta de esta casa, un gran coche negro, todo reluciente, con un escudo en la portezuela, dos caballos preciosos y los lacayos de librea. He estado ahí durante mucho tiempo, mirando y mirando ese coche antes de subir a esta casa. Era el coche de Adelaida. A mí me parecía algo así como su trono, su poder, su triunfo. Pues para eso estoy aquí... ¡Para arrojarla de ese trono!

MARIANA.—Por Dios, Juanita...

JUANITA.—¡Sí! *(Excitándose)* Para eso he venido. Para que se entere toda la ciudad de que la Gobernadora tiene una hermana que ha ocultado a todo el mundo. Para que sepan todos que la gran señora pertenece a una familia deshonrada. Lo diré a gritos en las calles, en la Plaza Mayor...

MARIANA.—*(Aterrada)* ¡No! Tú no harás eso.

JUANITA.—¡Sí!

MARIANA.—¡No! ¿Quieres que tu pobre madre te lo pida de rodillas? Si aquí se supiera lo del ingeniero se arruinaría la carrera política del Gobernador...

JUANITA.—¡Sí!

MARIANA.—Y mi yerno no nos perdonaría nunca que le hayamos engañado...

JUANITA.—¡Sí! Sigue, mamá, sigue...

MARIANA.—Además, hija mía, tú no puedes continuar aquí. Tu parecido con Adelaida sigue siendo asombroso. Y cualquiera, cualquiera que te viera, te confundiría con la Gobernadora...

(Juanita, de pronto, se vuelve hacia su madre. Y sonríe. Tiene algo diabólico en los ojos)

JUANITA.—¿De veras?

MARIANA.—¡Sí!

JUANITA.—¿No ha cambiado Adelaida nada en estos diez años?

MARIANA.—Lo mismo que tú. Estáis iguales. Os parecéis tanto como entonces...

JUANITA.—¡Ah!

(Sonríe. Piensa. Súbitamente, escapa, llega ante la consola y se mira en el espejo. Lenta, largamente)

Entonces será mejor que nadie sepa que la Gobernadora tiene una hermana...

MARIANA.—¡Juanita! *(Con sobresalto)* ¿Qué estás pensando?

JUANITA.—¡Mamá! Si supieras, si supieras lo que se me acaba de ocurrir...

(Y mirando a su madre, rompe a reír alegremente. Es una risa fresca, intrépida)

MARIANA.—¿Qué? ¿Qué es lo que se te ha ocurrido? Juanita, hija mía, óyeme. ¡No te rías así! Mira; Adelaida y yo hemos pensado lo mejor para ti. Esta noche tomarás el tren de Madrid. Y mañana, nosotras nos reuniremos contigo.

(Juanita, entre tanto, sigue riendo incansable. Mariana está desconcertadísima)

¡Juanita! ¡No me asustes! ¿Quieres explicarme por qué ríes de ese modo? Mira, Juanita. No te muevas de aquí. No hagas nada. Es preciso que las tres hablemos ahora mismo... Espérame. No salgas de esta habitación. Un momento.

(Doña Mariana, llamando, marcha hacia la izquierda)

Adelaida, Adelaida. Escucha...

(Sale. Queda Juanita sola. Sigue riendo para sí misma, pero, poco a poco, su risa se queda en una ancha y alegre sonrisa de infinita picardía. Sus ojos caen sobre el sombrero y el abrigo de Adelaida, que están en el sofá, junto a ella. Toca suavemente las lujosas prendas... Y, en pie, se despoja de su pañuelo y de su mantoncillo y se pone el abrigo de Adelaida. Va al espejo de la

consola. Allí se coloca el sombrero de la Gobernadora y, jugando con la sombrilla, siempre ante el espejo, ensaya una actitud de gran dama. Sonríe, tremendamente feliz, y está muy satisfecha de sí misma. Dentro, al fondo, se oye la voz airada de Javier)

JAVIER.—(Dentro) ¡Cállese usted! Yo sé que está...

(Aparece Javier en el fondo y se queda allí un instante contemplando a Juanita. Luego avanza)

¡No! Yo no puedo equivocarme. Dime que eres tú. Dime que no estoy loco. Dime que eres tú la misma que anoche en el tren de Madrid...

(Juanita se ha vuelto hacia él, risueña y radiante)

JUANITA.—Pero, chiquillo, claro que soy yo...

JAVIER.—Entonces, ¿por qué lo negaste antes?

JUANITA.—¿Antes?

JAVIER.—¡Sí! Hace unos minutos. Aquí mismo... En esta habitación.

JUANITA.—¡Ah!

(Le mira. Comprende y se echa a reír de la mejor gana)

¡Oh! Es estupendo, estupendo...

JAVIER.—¿Te ríes?

JUANITA.—Me río. Claro que me río...

(Javier va hacia ella y, con apasionada violencia, la toma entre sus brazos)

Pero, Javier...

JAVIER.—No juegues conmigo. Anoche, cuando nos quedamos solos en el departamento, me besaste. ¿Por qué?

JUANITA.—¡Qué cosas quieren saber los hombres!

(Ella, entre sus brazos, le acaricia el peinado con suave ternura)

JAVIER.—¡Escucha! Cuando nos despedimos, comprendí que iba a quererte mucho, mucho. Y no me importa que estés casada. ¿Me oyes? Ni siquiera me importa que seas la mujer del Gobernador. ¡A mí no me asusta el escándalo!

JUANITA.—*(Con mucha ilusión)* ¿De verdad?

JAVIER.—¡Te lo juro!

JUANITA.—Entonces, dame otro beso.

(Javier la besa. Por la puerta de la derecha asoman, en este instante, Teresa y Rosita, que se quedan espantadas ante lo que ven y sofocan un grito)

LAS DOS.—¡Ay!

TERESA.—¡Rosita!

ROSITA.—¡Teresita!

TERESA.—Jesús, Jesús, Jesús...

(Y haciéndose cruces, desaparecen las dos rapidísimamente. Javier y Juanita no han advertido su irrupción)

JUANITA.—¿Dónde te hospedas?

JAVIER.—En el Hotel Europa... ¿Vendrás?

JUANITA.—Sí...

JAVIER.—¿Esta noche?

JUANITA.—Te lo prometo. Esta noche. Y te contaré una historia muy curiosa. Pero, ahora, vete.

JAVIER.—No faltes. Te espero.

(Javier le besa una mano y luego marcha hacia el fondo. Desde la puerta saluda alegremente)

JAVIER.—Adiós, señora Gobernadora.

JUANITA.—Adiós, mi capitán.

(Sale Javier. Queda Juanita sola junto al espejo. Se mira. Sonríe. Es muy feliz. Y, muy decidida, hace un lío con su mantón y su pañuelo y sale por el fondo. Un rapidísimo silencio con la escena en soledad. Y, en el acto, surgen por la primera puerta de la derecha Teresita y Rosita. Están excitadísimas)

TERESA.—¡Rosita!

ROSITA.—¡Teresita!

TERESA.—¡Era la Gobernadora!

ROSITA.—¡Dios mío!

TERESA.—¡La señora Gobernadora besando a un militar!

ROSITA.—(*Nerviosísimas las dos*) ¡Sííí!

TERESA.—Jesús, Jesús, Jesús...

(Surge impetuosamente doña Mariana, que corre enérgicamente tras de sí las cortinas de la embocadura y se queda mirando a las niñas con terror...)

MARIANA.—¡Niñas! ¿Habéis...? ¿Habéis visto algo de particular?

(Las dos niñas se miran y de pronto adoptan un increíble aire de inocencia)

TERESA.—¿Nosotras? ¡Ay, no, señora!

ROSITA.—Nosotras no hemos visto nada...

MARIANA.—¿De verdad?

ROSITA.—¡Claro!

TERESA.—(*Muy festiva*) ¡Ay, qué doña Mariana esta! Pues no dice que si hemos visto algo de particular...

ROSITA.—Ya, ya...

(Y, tan tranquilas, se sientan al piano con muchísima naturalidad y, a cuatro manos, otra vez comienzan a tocar su habanera. Pero ahora, además, cantan)

LAS DOS.—«Cuando salí de La Habana, válgame Dios...»

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

El mismo decorado. A la mañana del día siguiente. Muy temprano.

(En escena, Adelaida y Mariana. Unos segundos en silencio. De pronto, Adelaida -viste bata de casa- se pone en pie. Mariana se asusta)

ADELAIDA.—¡No puedo más!

MARIANA.—Pero, Adelaida, hija mía...

ADELAIDA.—Te digo que no puedo más, mamá. Esta espera es superior a mis fuerzas. Toda una noche sin dormir, aguardando que estalle el escándalo de un momento a otro. Porque mi hermana está aquí desde ayer y, cuando quiera, cuando quiera, puede provocar la catástrofe. Además, para eso, solo para eso, ha venido de La Habana...

MARIANA.—Sí, hija mía...

ADELAIDA.—¡Cómo debe de gozar en estos momentos! ¡Qué feliz debe ser sabiendo que me tiene en sus manos y que una sola palabra suya puede derribar lo que he levantado con tanto esfuerzo!

MARIANA.—¡Oh!

(Una pausa. Adelaida, que está paseando nerviosamente de un lado para otro, se detiene ante el espejo de la consola y se mira con ansiedad)

ADELAIDA.—¡Mamá! ¿Tanto, tanto nos parecemos Juanita y yo al cabo de los años?

MARIANA.—¡Ay, hijita! Una barbaridad.

ADELAIDA.—Bueno. Pero alguna diferencia habrá. Yo he perdido mucho en estos últimos tiempos. Aunque no se lo dicho a nadie, la verdad es, mamá, que ya me están saliendo unas canas. ¡Ah! Y aquí tengo una arruguita que casi no se nota... Mira.

MARIANA.—*(Muy emocionada)* No te desprecies más, hija mía, que me partes el corazón y, además, es inútil. Sois tan iguales, tan iguales, que yo misma no distinguiría a la una de la otra si os encontrara juntas...

ADELAIDA.—¡Dios mío! *(Con coraje)* Como siempre, como toda la vida...

MARIANA.—¡Sí!

(Se mira otra vez en el espejo y luego se vuelve hacia su madre)

ADELAIDA.—Entonces, esté donde esté Juanita, la que está allí soy yo. Porque todos la habrán confundido conmigo, con la Gobernadora...

MARIANA.—¡Sí!

(Adelaida, de pronto, sobresaltadísima, se queda mirando a su madre fijamente)

ADELAIDA.—¡Mamá! ¿Dónde habrá pasado la noche?

MARIANA.—¡Adelaida! ¿Qué estás pensando?

(Entra Rita por el fondo. Muy emocionada, con mucho misterio)

RITA.—¡Señora! Acaba de llegar una señora... Bueno, yo creo que no es una señora. Pero dice que viene de parte de doña Juanita...

MARIANA.—¡Que entre!

RITA.—¡Sí, señora!

ADELAIDA.—¡Dios mío! Al fin...

(Sale Rita. Adelaida y Mariana, llenas de ansiedad, inician unos pasos hacia el fondo. Pero antes surge allí Pepa. Una buena moza, con sus percales y su mantón y su pañuelo a la cabeza. Guapa. Entra bulliciosamente)

PEPA.—¿Se puede? ¿Cómo están ustedes? Una servidora...

(Se detiene frente a Adelaida. Se sobresalta muchísimo y casi pega un grito)

¡Mi madre!

ADELAIDA.—¡Ay!

PEPA.—¡La Virgen! Pero si esto hay que verlo para creerlo. Si parece la misma...

(Una transición. Sin dejar de mirar a Adelaida, se planta en jarras y dice con mucho aire)

Oye, tú. Te advierto que si eres la Juanita y me estás gastando una chufla, te vas a acordar de mí. Porque a la hija de mi madre...

ADELAIDA.—(*Horrorizada*) ¡Mamá! ¿Qué dice esta mujer?

MARIANA.—¡Ay, Dios mío!

PEPA.—(*Una transición*) Usted perdone. Ya me doy cuenta de que usted es la otra. Pero así, al pronto... Como que, por mucho que había ponderado la Juanita el parecido, nunca creí que fuera tanto... ¡Hay que ver! Los ojos, la boca, la nariz. Todo, todo igual. (*De pronto*) ¡Oiga! ¿Quiere usted ponerse de perfil?

ADELAIDA.—(*En un grito*) ¡No! De perfil, no...

MARIANA.—Por favor... ¿Quiere usted sentarse?

PEPA.—¡Quite usted de ahí! Ya me sentaré yo si quiero, que, conmigo, no hay que andar con cumplidos...

ADELAIDA.—¡Mamá! Esto es horrible. ¿Quién es esta mujer?

MARIANA.—Eso... ¿Quién es usted?

PEPA.—(*Muy alegre*) ¡La Pepa!

MARIANA.—¡Jesús!

PEPA.—Aquí, en esta plaza, soy nueva. Pero pregunte usted por mí en América del Sur. Tengo dada más guerra...

MARIANA.—Lo creo... ¿Y conoce usted a Juanita?

PEPA.—¡Digo! (*Riendo de bonísima gana*) Esta sí que es buena. Pues no dice que si la conozco... Pero si desde hace diez años no nos hemos separado ni un día la una de la otra.

MARIANA.—¿De veras?

PEPA.—Mire usted, señora. Una servidora es de Madrid, que, aunque me esté mal el decirlo, algo se me nota. Pero me largué muy joven a las Américas. Cosas de la vida, señora, que empuja mucho. Y ya llevaba yo lo mío en Montevideo cuando, un día, apareció por allí la Juanita. ¡Y cómo llegó! Desesperada estaba la pobrecilla. Con muchas penas y con mucho hambre...

ADELAIDA.—(*Muy bajo*) ¿Es posible?

JAVIER.—¡Digo! Pero si todavía se me saltan las lágrimas cuando lo recuerdo. Yo le abrí los brazos y le di amparo, como si fuera una hermana. (*Con evidente orgullo*) Yo, ¿sabe usted?, en aquella época estaba en muy buena posición. Trabajaba de camarera, en un café-cantante...

MARIANA.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Ay, mamá!

PEPA.—Pero, al poco tiempo, nos quedamos las dos a la intemperie, con el día y la noche. Porque la policía cerró el café-cantante...

MARIANA.—¡Ay, Adelaida!

ADELAIDA.—¡Mamá! No puedo más...

PEPA.—Desde entonces, lo que ha sido de la una, ha sido de la otra. Dos años en Montevideo, cinco en Méjico, vuelta a La Habana. ¡Lo que hemos rodado! Hoy bien, mañana regular. Y, al otro, que sea lo que Dios quiera. Nos hemos reído mucho... Y también hemos llorado lo nuestro. Pero siempre juntas. Y siempre con una palabra de cariño de la una para las penas de la otra. Como que ya no nos apañaríamos para vivir separadas. Claro que, como Juanita tiene ese genio y ese brío y ese aire, pues me domina y hace de mí lo que quiere. Ya ve usted. Un día me dijo: Pepa, volvamos a España. Y aquí nos tienen ustedes...

ADELAIDA.—Comprendo.

(Un silencio. Fríamente)

¿Y puedo saber a qué se debe su visita?

PEPA.—Sí, señora. Pero espere usted, que ahora sí me apetece sentarme un poquito...

(Y, en efecto, se sienta tranquilamente en el sofá)

MARIANA.—¡Ay, ay, Dios mío!

PEPA.—Oiga. ¿Ustedes no se ponen cómodas?

ADELAIDA.—*(Nerviosa)* ¿Quiere usted hablar de una vez?

PEPA.—Sí, señora. *(Un silencio)* Juanita me manda para decirles a ustedes que mañana nos iremos a Madrid y no la volverán ustedes a ver más...

MARIANA.—¿Qué?

ADELAIDA.—¿Es posible?

PEPA.—Sí, señora. Pero antes... *(Se calla)*.

MARIANA.—¿Qué?

ADELAIDA.—*(Casi sin voz)* ¿Hay una condición?

PEPA.—¡Pche! Un capricho de Juanita. *(Un leve silencio)* Durante todo el día de hoy, ella quiere ser la que es usted...

ADELAIDA.—¿Cómo?

PEPA.—Sí, señora. Por un día, solo por un día, quiere que todos la confundan con usted. Quiere ser usted misma... La Gobernadora.

ADELAIDA.—¡Ah!

MARIANA.—*(Con espanto)* Pero... eso... no puede ser.

PEPA.—*(Con timidez)* ¡Anda! Pues para mí que es muy fácil. Con lo parecidas que son...

(Un silencio. Adelaida, sola, callada, avanza hacia primer término)

ADELAIDA.—*(Bajo)* De manera que era eso...

PEPA.—Sí.

(Otro silencio)

MARIANA.—Adelaida...

ADELAIDA.—¡Calla, mamá!

MARIANA.—¡Oh!

(Adelaida, sin volverse, se dirige a Pepa)

ADELAIDA.—¿Y si me niego?

PEPA.—Lo descubrirá todo...

ADELAIDA.—Ya entiendo. *(Se calla)* Dígale usted a mi hermana que acepto su condición...

MARIANA.—*(Sobresaltadísima)* Pero, hija...

ADELAIDA.—Dígame usted que durante todo el día de hoy le cedo mi puesto. Ella será la dueña de esta casa y la Gobernadora. *(Irritada)* Vamos: ¿es que no me ha oído?

PEPA.—Sí, señora... Entonces, ¿le digo que venga?

ADELAIDA.—¡Sí! Pero, por Dios, imárchese de una vez!

PEPA.—Ya voy, señora, ya voy. Y ustedes dispensen si he molestado. Pepa Colmenares, para servirlos. ¡Maldita sea! En la que nos hemos metido. Con lo ricamente que estábamos en La Habana ahora que hay guerra...

(Sale por el fondo. Quedan en escena Adelaida y Mariana)

MARIANA.—¿Qué has hecho, Adelaida? Esto es una locura. Nadie sabe lo que puede pasar... *(Muy bajito)* ¿Y tu marido?

ADELAIDA.—*(Un silencio)* No me parece probable que advierta el cambio...

MARIANA.—¡Oh!

ADELAIDA.—No te asustes, mamá. Este será un día como todos. Ahora, la doncella sirve el desayuno. Mi marido sale de su alcoba. Pronto llegará Florentino, su secretario. La Gobernadora vuelve de misa... Todo igual. Solo un cambio que no advertirá nadie: hoy la Gobernadora será Juanita. *(Se pone*

en pie airadamente) Pero si ella cree que no sé lo que pretende con esta superchería...

MARIANA.—¿Que lo sabes?

ADELAIDA.—¡Claro, mamá! Cuando éramos niñas, nos adivinábamos el pensamiento la una a la otra casi sin hablar. Quizá era por eso por lo que no nos queríamos. Hace un momento, oyendo a esa mujer, he vuelto a tener, como entonces, el presentimiento de una diablura de Juanita. Y creo que no me equivoco. Pero si ella cree que voy a cruzarme de brazos...

MARIANA.—¡Adelaida! (*Muy asustada*) ¿Qué vas a hacer?

(Adelaida vuelve el rostro hacia su madre y la mira largamente, pero sin verla)

ADELAIDA.—Todavía no lo sé. Pero puedes estar segura de que no le será fácil salirse con la suya...

(Se va muy decidida por la embocadura de la izquierda. Queda sola Mariana)

MARIANA.—¡Hija! ¡Hijita! ¡Mi pobre Adelaida! ¿Qué va a pasar aquí?

(Por el fondo entra Rita, llevando una bandeja con servicio de desayuno)

RITA.—Con permiso de la señora... El desayuno.

MARIANA.—(*Indignada*) ¡Déjame en paz!

RITA.—¡Oh!

(Doña Mariana se va por la primera puerta de la derecha)

¡Ay, Señor!

(Deja la bandeja sobre la mesa redonda de la izquierda, cruza la escena, llega a la segunda puerta de la derecha y llama con los nudillos)

RITA.—¡Señor Gobernador!

BERNARDO.—(*Dentro*) ¡Voy!

RITA.—El desayuno, señor Gobernador.

BERNARDO.—*(Dentro)* ¡Je! Voy, voy...

(Se abre la segunda puerta de la izquierda y aparece don Bernardo de Arellano, Gobernador civil de la provincia, embutido en una gran bata. Es un caballero de alguna edad, reposado, tranquilísimo, muy jovial)

¡Je! Buenos días, Rita...

RITA.—Buenos días, señor Gobernador. ¿Su Excelencia ha descansado bien?

BERNARDO.—¡Ca! No he pegado un ojo...

RITA.—¿De veras?

BERNARDO.—El discurso, ¿sabes? Siempre que pronuncio un discurso, me pongo malísimo. Una gaita. Y, claro, como anoche tuve que hablar en el banquete de la nueva promoción de húsares... *(Transición)* Claro que, eso sí, mi discurso tuvo un gran éxito. Al acabar, todos los húsares se pudieron de pie y, movidos por la fuerza de la frase, aplaudían y gritaban con un entusiasmo...

RITA.—¿Ah, sí?

BERNARDO.—*(Muy contento)* Que sí, que sí...

RITA.—¿Y qué dijo, qué dijo Su Excelencia?

BERNARDO.—Pues dije: ¡Viva España!

RITA.—¡Qué pico de oro!

BERNARDO.—¡Je! *(Modestamente)* Sí, la verdad es que, aunque esté mal que yo lo diga, el discurso tuvo mucha intención política...

(En el fondo asoma Florentino. Este Florentino es un muchacho joven, bien vestido con cierta irremediable solemnidad. Lleva un cartapacio de papeles y unos cuantos periódicos)

FLORENTINO.—¡Don Bernardo! ¿Da usted su permiso?

BERNARDO.—¡Mi querido secretario! ¡Adelante!

(Entra Florentino. Rita sale por la segunda puerta de la izquierda)

FLORENTINO.—¡Buenos días, don Bernardo! Ante todo, permítame usted que le felicite por su magnífico discurso de anoche.

BERNARDO.—¡Je! Muchas gracias. Por cierto: ¿fue usted el que dijo «bravo»?

FLORENTINO.—¡Sí, señor! *(Fervoroso)* ¡No me pude contener!

BERNARDO.—Me pareció. ¡Je! Siempre que estoy pronunciando un discurso y oigo un ¡bravo! me digo: ya está ahí Florentino. (*Una transición*) ¿Y qué? ¿Tenemos mucho trabajo para hoy?

FLORENTINO.—Bastante, sí señor. En el antedespacho hay una Comisión de patriotas, que están muy excitados con las últimas noticias de Cuba y vienen a ofrecerse al señor Gobernador... Dentro de un rato, a las once, inauguración de las obras del nuevo Hospital Provincial, donde la señora Gobernadora colocará la primera piedra en representación de su Majestad la Reina...

BERNARDO.—¡Qué barbaridad! Bueno. Y los periódicos. ¿Qué dicen hoy los periódicos?

(Florentino hojea diversos periódicos, según los alude)

FLORENTINO.—Este pide que el Gobierno actúe con mano de hierro...

BERNARDO.—¿Qué periódico es ese?

FLORENTINO.—La Libertad...

BERNARDO.—¡Ah! Esos demócratas... ¿Y qué dice La Razón, que es de derechas?

FLORENTINO.—La Razón publica un manifiesto de la Junta de Damas Vigilantes de la Moral Pública que preside la señora Gobernadora. Un artículo que se titula «La filosofía de Balmes».⁹ Los ecos de sociedad. Y el santoral.

BERNARDO.—Pues hoy viene muy distraído...

FLORENTINO.—Sí, señor. Y, por último, aquí está El Radical...

BERNARDO.—¡Hola! A ver, a ver qué dicen los republicanos...

FLORENTINO.—Para empezar, en primera plana, protestan por la suspensión de la velada de homenaje a los voluntarios de la provincia...

BERNARDO.—¡No! (*Indignado*) Eso no es verdad. Yo no he suspendido la velada...

FLORENTINO.—No, señor. La velada se suspendió por orden de la señora Gobernadora...

BERNARDO.—¡Ah! Mi mujer...

FLORENTINO.—Sí, señor.

BERNARDO.—Conque mi mujer... Caramba, caramba...

(Y comienza a pasear de un lado para otro. De pronto, se detiene)

⁹ *Balmes*: el pensador católico Jaime Balmes (Vic, 1810-1848) fue el principal constructor de la filosofía neoescolástica, y su influencia fue considerable en el pensamiento conservador español. Sus obras más conocidas son *El criterio* y *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*.

¡Florentino! ¿Qué más dice El Radical?

FLORENTINO.—(*Prudente*) ¿Quiere usted que le lea el artículo de fondo?

BERNARDO.—¿Cómo se titula?

FLORENTINO.—Se titula: «¿Quién manda en el Gobierno Civil?».

BERNARDO.—(*Un respingo*) ¡Porras!

FLORENTINO.—¡Don Bernardo!

BERNARDO.—¡Florentino! Eso... Eso está escrito con intención.

FLORENTINO.—¿Usted cree?

BERNARDO.—¡Sí! Yo sé muy bien leer entre líneas. ¡Léamelo todo!

FLORENTINO.—Sí, señor. Ahora mismo...

(*Y, bastante nervioso, comienza a leer el artículo de El Radical*)

«Nosotros, los elementos avanzados de la provincia...»

BERNARDO.—(*Estentóreo*) ¡Basta! Pegue un salto y lea el final.

FLORENTINO.—Sí señor. Como usted mande... (*Y vuelve a leer*) «Nosotros, los elementos avanzados de la provincia...».

BERNARDO.—¿Otra vez? ¡Le he dicho a usted que lea el final!

FLORENTINO.—(*Apuradísimo*) Pero si es que se repite, don Bernardo...

BERNARDO.—¡Ah! ¿Sí?

FLORENTINO.—¡Claro! Es lo que pasa con los artículos de fondo: que como solo se lee el principio y el final, y el final es igual que el principio, pues no se entera uno de nada...

BERNARDO.—¡Continúe!

FLORENTINO.—Sí, señor. (*Leyendo*) «Nosotros, los elementos avanzados de la provincia, únicos legítimos representantes de la soberanía popular, recogemos hoy esta pregunta que corre de boca en boca por las calles de nuestra ciudad: “¿Quién manda en el Gobierno Civil?”».

BERNARDO.—¡Alto!

FLORENTINO.—Sí, señor.

(*Don Bernardo, con creciente indignación, va de un lado para otro*)

BERNARDO.—Conque ¿quién manda en el Gobierno Civil, eh? ¡Ah, miserables, bergantes, calumniadores! ¿Creerán que no sé lo que se dice por ahí? Pues sí, señor, que lo sé. ¿Y sabe usted lo que se dice, Florentino? Pues se dice, ni más ni menos, que la que manda aquí es mi mujer... ¿Eh? ¿Qué le parece? ¡Ah! Pero esta vez han ido demasiado lejos. Y le aseguro a usted que se van

a acordar de mí esos caballeros de El Radical. Vaya si se acordarán ¡Voy a meter en la cárcel a toda la Redacción con el Marqués a la cabeza!

FLORENTINO.—(*Con mucho apuro*) ¡No! Don Bernardo, no haga usted eso...

(Don Bernardo se le queda mirando. De pronto, se deja caer en un sillón en primer término a la derecha y se encoge como un chiquillo. Habla con otra voz)

BERNARDO.—No... No lo haré. No podría. El Marqués tiene toda la razón. (*Un hondo suspiro*) Sí, Florentino. La verdad es que aquí manda mi mujer...

FLORENTINO.—(*Con emoción*) Vamos, vamos, don Bernardo...

BERNARDO.—Cállese, hijo. ¿Quiere? Adelaida manda en esta casa y en toda la provincia, y mandará siempre donde esté porque ha nacido para mandar. Yo no. Yo no valgo... Ya ve usted. Yo he sido diputado, soy Gobernador, y es casi seguro que dentro de muy poco seré ministro. Y a lo mejor resulta que soy el salvador de España. Porque estas cosas nunca se saben...

FLORENTINO.—Y que lo diga usted, don Bernardo...

BERNARDO.—Bueno.

(En este instante aparece en la entrada del fondo una dama vestida elegantemente y hasta con cierta ostentación. Por su sonrisa, y por el brillo pícaro de sus ojos, parece Juanita. Se queda allí, inmóvil, sin ruido, escuchando atentamente lo que sigue. Bernardo y Florentino, en primer término, de cara al público, no advierten su presencia)

Pues la verdad es que delante de Adelaida no soy más que un pobre hombre. Me puede. Me domina. ¿Sabe? Y si supiera usted cuántas veces he sentido el anhelo de rebelarme a ese dominio... (*Un suspiro*) Pero es inútil. No puedo. La quiero. Y, claro, ella lo sabe y se aprovecha. Y si al menos no fuera como es... Porque hay que ver cómo es mi mujer, Florentino. Tienes unas ideas... Es tan moral, tan moral, que llega hasta la crueldad. ¡Ah, querido muchacho! No hay nada tan inhumano como esa virtud ciega que no ve ni comprende. Las mujeres solo comprenden y son generosas cuando han pecado un poquito, aunque solo sea con el pensamiento... Pero, de Adelaida, ¿qué voy a decirle a usted? ¡Digo! Si mi mujer tuviera un mal pensamiento sería capaz de ponerse una multa. (*Con otra voz*) Ya comprenderá usted, Florentino, que la vida al lado de una mujer como la mía es un tormento. Me tiene frito,

hijo. Además, como es tan rígida y tan poco afectuosa... ¡Je! La última vez que me dio un beso fue hace tres meses. Y eso, porque me dolía la cabeza...

FLORENTINO.—¡Oh!

(Baja los ojos afectadísimo. Florentino también está muy conmovido. Ella no se puede contener y avanza. Emocionadísima)

JUANITA.—¡Pobrecito!

(El Gobernador y Florentino se vuelven de súbito y se quedan inmóviles)

BERNARDO.—¡Adelaida!

FLORENTINO.—¡Señora!

JUANITA.—¡No! Ni una palabra más. No hace falta. Lo he oído todo. ¿Sabes? ¡Dios mío! Cuánto has debido sufrir. ¡Qué poca cosa son los hombres y qué pena dan! Bueno, pues se acabó... Desde hoy, aquí no manda nadie más que tú. ¿Me oyes?

BERNARDO.—*(Boquiabierto)* ¿De veras?

JUANITA.—¡Sí! Tú, tú y nadie más que tú. Y tus deseos serán órdenes y todo el mundo te obedecerá, y tu mujer, la primera de todos. Porque así debe ser. ¡Pobrecito! *(Con muchísima ternura)* ¡Qué vida tan triste! Ni un beso, ni una caricia, ni un poco de amor. ¡Ah! Pues eso también se acabó. ¡Huy! Ahora verás. Toma, toma, toma...

(Se cuelga de su cuello, cariñosísima, y le besa varias veces con gran entusiasmo)

BERNARDO.—¡Adelaida!

JUANITA.—Un momento. *(Y sonrío encantadoramente)* Vuelvo. Vuelvo en seguida.

(Escapa y desaparece por la segunda puerta de la derecha. Don Bernardo y Florentino se miran de hito en hito)

BERNARDO.—¡Florentino!

FLORENTINO.—*(Picadísimo)* Caramba, don Bernardo, eso de que la señora Gobernadora es poco afectuosa... Eso, vamos, eso se lo cuenta usted a otro...

BERNARDO.—¡Florentino!

FLORENTINO.—Vamos, don Bernardo, que lo he visto yo con estos ojos que se ha de comer la tierra.

BERNARDO.—¡Florentino! (*Excitadísimo*) No sea usted idiota. Que esto no ha pasado nunca...

FLORENTINO.—(*Atónito*) ¿De veras?

BERNARDO.—¡Que es la primera vez! ¡Ay, Florentino, yo me voy a volver loco!

(Dentro se oye el ruido producido por algún cacharro que se rompe. Y un grito de Rita)

RITA.—(*Dentro*) ¡Ay!

BERNARDO.—¿Qué? ¿Qué pasa?

(Y cuando los dos avanzan sobre la puerta de la derecha, surge, como empujada por alguien, Rita. Pero viene contentísima)

RITA.—¡Ay! ¡Ay, Virgen Santísima!

BERNARDO.—¡Rita!

FLORENTINO.—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

RITA.—¡La señora!

BERNARDO.—¿Cómo?

RITA.—La señora, que me ha llamado fresca, descarada y lagartona...

BERNARDO.—¡Oh!

RITA.—Y además, me ha tirado del pelo. Y si me descuido, me da una bofetada. ¡Ay! Gracias a Dios. (*Con toda su alma*) Porque la verdad es que aquí no se podía vivir...

(Y, más alegre que unas pascuas, se va por el fondo. Don Bernardo, excitadísimo, se vuelve a Florentino)

BERNARDO.—¿Y ahora qué me dice usted?

FLORENTINO.—Si no lo veo, no lo creo...

BERNARDO.—¡Florentino! ¿Qué ha pasado para que mi mujer haya cambiado de ese modo en unas pocas horas? Porque anoche, Adelaida era la misma mujer de siempre. De eso estoy segurísimo. Y hoy por la mañana, me la encuentro convertida en una criatura encantadora que da gritos, que le tira del pelo a la doncella y que me llena la cara de besos...

(Dentro se oye la risa fresca de Juanita. Don Bernardo se vuelve con una sonrisa de iluminado)

¿Oye usted? Se ríe...

FLORENTINO.—Sí, sí. ¡Se ríe!

BERNARDO.—*(Emocionadísimo)* ¡Se ríe! ¡Adelaida se ríe! Esto no había pasado nunca... Es el colmo, el colmo. Deme usted un abrazo, Florentino...

FLORENTINO.—Con mucho gusto, sí, señor...

(Y, por donde se fue, aparece Juanita, que aún se viene riendo. Ya despojada de su sombrero)

JUANITA.—¡Ay! ¡Qué contenta se ha puesto esa chica porque la he tirado del pelo! ¡Pobrecilla! Pero si es natural. Lo que la gente quiere es cariño, mucho cariño...

¡Ea! Pues para eso estoy aquí yo. Para querer a todo el que lo necesite...

FLORENTINO.—*(Ilusionadísimo)* ¿De verdad, doña Adelaida?

JUANITA.—Pues claro que sí...

(Y, muy airosamente, cruza entre los dos hombres, que la siguen con la mirada, fascinados, y llega hasta la mesa)

¡Uf! Me muerdo de hambre...

(Se sienta y comienza a comer con auténtica voracidad. Bernardo y Florentino, juntos, al otro lado de la escena, la contemplan embobados)

BERNARDO.—¡Je! Tiene hambre...

FLORENTINO.—Ya, ya...

BERNARDO.—¿Tiene o no tiene gracia?

FLORENTINO.—¡Mucha! Muchísima gracia...

BERNARDO.—¡Y qué guapa está!

FLORENTINO.—¡Huy! No me lo diga, don Bernardo, no me lo diga...

BERNARDO.—Está más bonita que nunca. Como que parece otra. Fíjese, Florentino, fíjese bien...

FLORENTINO.—Pero si me estoy fijando muchísimo, don Bernardo. Como que no pierdo detalle...

(De pronto, Juanita suelta una cucharilla y arma muchísimo ruido)

JUANITA.—¡Puaf! ¡Qué asco de desayuno!

BERNARDO.—*(Muy solícito)* ¡Adelaida! ¿No te gusta el desayuno?

JUANITA.—Ni pizca. *(Con enorme repugnancia)* Chocolate, picatostes, mantequilla...
¡Cuántas porquerías! Donde estén un par de huevos fritos...

(Don Bernardo, contentísimo, casi pega un grito)

BERNARDO.—¡Florentino! ¡Tome nota! Desde mañana, huevos fritos para desayunar.

FLORENTINO.—*(Anotando)* ¿Con patatas?

BERNARDO.—¡Sí! *(En la gloria)* Con muchas patatas... ¡Dígaselo a la cocinera!
¡Vivo!

FLORENTINO.—¡Sí, señor! ¡Volando!

(Y sale aprisa por el fondo. Don Bernardo se queda mirando a Adelaida emocionadísimo)

BERNARDO.—¡Adelaida! Nunca te agradeceré bastante esta prueba de cariño...

JUANITA.—¡Ah! ¿Sí?

BERNARDO.—¿Y cómo no? Desde que nos casamos te estoy diciendo que quiero para desayunar huevos fritos con patatas. Tú nunca has querido darme ese capricho porque decías que era una ordinariez. Y ahora, sin que nadie te lo pida, ahora... ¡Oh, Adelaida! Gracias. Muchísimas gracias.

(Ella alza los ojos y le mira con una gran ternura)

JUANITA.—¡Dios mío! Pero qué niño eres, señor Gobernador...

BERNARDO.—¡Je! Yo, Adelaida...

(Se calla. Está muy conmovido. Como no sabe qué hacer, marcha hacia la segunda puerta de la derecha y, antes de salir, se vuelve y se la queda mirando intensamente)

¡Adelaida!

JUANITA.—Sí...

BERNARDO.—Dime...

JUANITA.—¿Qué?

BERNARDO.—Dime que no estoy soñando... (*Transición, rápido*) No. No digas nada. Porque si es un sueño... Si es un sueño, no quisiera despertar.

(Entra don Bernardo en su habitación. Queda ella sola todavía sentada ante la mesa. Mira en torno, se mira a sí misma. No sabe si reír o llorar. Con otra voz)

JUANITA.—¡Dios mío! Pero ¿qué es esto?

(Y, de bruces sobre la mesa, rompe en una risa nerviosa, mezclada de lágrimas. Entra doña Mariana, por donde se fue, tan campante)

MARIANA.—Mira, Adelaida. He estado pensando muy seriamente sobre la situación y lo mejor será que no perdamos la calma. Ya sabes, querida, que, cuando hace falta, yo soy muy, muy serena y muy... Todo eso. ¿Comprendes? Escúchame, Adelaida, hijita. Cuando venga esa pécora de Juanita, si es que se atreve...

(Su hija, que la está mirando con los ojos brillándole de gozo, rompe a reír)

JUANITA.—¡Mamá!

MARIANA.—¿Eh? (*Estupefacta*) ¿Qué? ¡Adelaida! ¿Por qué te ríes?

(Se le queda mirando fijamente y de pronto da un grito)

¡Ayyy! ¡Juanita!

JUANITA.—(*Riendo*) ¡Mamá!

MARIANA.—(*Aterrada*) ¡Eres tú! ¡Tú! Tú, aquí. Por fin. Te has atrevido. ¡Vete, Juanita!

JUANITA.—¡Quia!

MARIANA.—¡Vete! Te lo pide tu madre. Te lo pide por lo más sagrado...

JUANITA.—Ya es demasiado tarde.

(Y marcha decidida hacia la segunda puerta de la derecha)

MARIANA.—¡Juanita! ¿A dónde vas?

JUANITA.—¡Mamá! Me espera mi marido...

MARIANA.—(*Horrorizada*) ¡Juanita!

JUANITA.—¡Ah! Y te advierto que está loco por mí...

(Entra en la segunda de la derecha. Mariana se queda espantada)

MARIANA.—¡No! Eso, no. ¡Escucha!

(Va a la puerta. Pero la otra ha cerrado por dentro. Y llama)

Juanita... Óyeme.

(Vuelve al centro de la escena, desolada)

¡Dios mío! ¿Qué va a pasar aquí?

(Cruza la escena, va a la embocadura y llama. Nadie responde)

¡Adelaida! ¡Adelaida!

(Va a la primera puerta de la derecha y la entreabre y llama)

¡Adelaida! ¿Dónde estás?

(Tampoco responde Adelaida. Entonces, se dirige al fondo, siempre llamando)

¡Adelaida! ¡Adelaida!

(Muy servicial, surge Rita en el fondo)

RITA.—¡Señora! ¿Busca usted a doña Adelaida? Pues me parece que está en su alcoba con el señor Gobernador...

MARIANA.—(*Aterrada*) ¡¡No!! Esa es la otra...

RITA.—¿Cómo?

MARIANA.—¡Sí! La que está ahí es Juanita...

RITA.—¿Qué...? ¿Qué dice?

MARIANA.—Adelaida, Adelaida, hija mía...

(Y se va por la embocadura. Rita, sola, se lleva las manos a la cabeza)

RITA.—¡Virgen! Era la otra...

(Suena dentro la campanilla de la puerta de entrada. Rita sale casi en volandas)

¡Voy! ¡Voy!

(Sale por el fondo. Un instante de soledad en la escena. Se abre la segunda puerta de la derecha y aparece don Bernardo, ya de «chaquet» y chistera. Viene satisfechísimo, frotándose las manos de felicidad)

BERNARDO.—¡Qué mujer! Pero ¡qué mujer!

(Se va hacia el fondo. Sale por la izquierda de la entrada. Otra vez queda la escena sola durante unos instantes. Y al cabo, por la derecha del fondo, surgen en escena, ligeritas, graciosas, tan saladas como siempre, Teresa y Rosita. Y, según su costumbre, avanzan al unísono, muy dispuestas, y recitan)

TERESA.—Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos a colgar

ROSITA.—Y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán...

(Las dos, al ver la estancia vacía, se interrumpen, justamente defraudadas)

TERESA.—¡Oh! Pero si no hay nadie...

ROSITA.—¡Qué rabia!

LAS DOS.—¡Mamá!

(Y las dos al tiempo vuelven corriendo al fondo, al tiempo que irrumpe doña Margarita)

MARGARITA.—¿Qué ocurre?

TERESA.—¡Que no hay nadie!

MARGARITA.—¿Nadie?

ROSITA.—¡Nadie!

(Doña Margarita y las niñas avanzan con cautela, mirando en derredor)

MARGARITA.—¡Dios mío! ¿Se habrá enterado ya el Gobernador de que le engaña su mujer?

TERESA.—*(Con apuro)* ¡Ay, Rosita!

ROSITA.—¡Ay, Teresita!

TERESA.—Jesús, Jesús, Jesús...

(Doña Margarita, como tomando una decisión, se sienta en el sofá)

MARGARITA.—¡Ea! Pues yo no me marcho de aquí hasta que lo averigüe. ¡Niñas!

LAS DOS.—¡Mamá!

(Y las dos avanzan dócilmente hacia su madre)

MARGARITA.—¿Estáis seguras de que lo que visteis ayer ocurrió realmente y no fue una fantasía vuestra? Mirad que si es una mentira como otras veces...

(Teresita y Rosita se agitan nerviosísimas y hablan a la vez. Pero ahora no coinciden en sus expresiones. Y, claro, no se entiende nada)

TERESA.—Te lo juro, te lo juro, te lo juro...

ROSITA.—Lo he visto yo, lo he visto yo, lo he visto yo...

MARGARITA.—¡A callar!

LAS DOS.—Sí, mamá... *(Transición)*.

MARGARITA.—¿Y fue aquí mismo?

TERESA.—Sí, mamá. La señora Gobernadora estaba aquí...

(Y corre y se planta al lado de la consola)

MARGARITA.—¿Y el capitán?

ROSITA.—Aquí.

(Y va y se sitúa muy cerquita de su hermana)

MARGARITA.—¿Y de verdad, de verdad, la besó?

TERESA.—¡Huy! ¡Que si la besó!

ROSITA.—Más fuerte...

TERESA.—Con una pasión...

ROSITA.—Y un...

MARGARITA.—*(Alarmada)* ¡Niñas!

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—¡A callar!

LAS DOS.—Sí, mamá...

(Margarita, en el sofá, piensa un ratito y luego reacciona)

MARGARITA.—Claro que, naturalmente, a veces, las apariencias engañan. Después de todo, pudo ser un atropello de un desaprensivo. Las mujeres decentes siempre estamos expuestas a eso...

(Las dos niñas dan un paso hacia su madre, muy ilusionadas)

TERESA.—¿Nosotras también?

MARGARITA.—*(Muy madre)* Sí, hijas mías. Hay cada bárbaro por ahí...

TERESA.—*(Muy interesada)* ¿Dónde?

MARGARITA.—¡Niña!

(Un silencio. Luego se vuelve hacia sus hijas. Muy bajito)

¿No fue un atropello?

ROSITA.—No, mamá.

TERESA.—Te digo que fue un adulterio grandísimo...

MARGARITA.—Callad, callad, hijas mías. ¡Qué horror! Pero si aún no puedo creerlo. Ella, Adelaida, la inflexible, la que nos tenía a todos en vilo; la Presidenta de todas las Juntas, la mujer del Gobernador. Ella, engañando a su marido como una...

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—*(Moderándose)* Como una de esas mujeres que engañan a sus maridos... ¿Qué va a pasar ahora, cuando la gente se entere? Porque esta es una ciudad pequeña y aquí las noticias corren que vuelan. Y, naturalmente, no es lo mismo un escándalo en Madrid que un escándalo en provincias.

(Suena dentro la campanilla de la puerta de entrada)

TERESA.—¡Ay, Rosita!

ROSITA.—¡Ay, Teresita! ¿Tú crees que el Gobernador la matará?

TERESA.—Pues mira: papá dice que no. Y cuando él lo dice...

(Por el fondo entra Rita, precediendo a Javier, que viste de uniforme, como en el acto anterior)

RITA.—Por aquí, señor...

JAVIER.—Gracias...

(Teresa y Rosita, al ver aparecer a Javier, corren muy agitadas y se refugian junto a su madre, una a cada lado)

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—¿Qué?

TERESA.—¡Es él! ¡El capitán!

MARGARITA.—¡Jesús! ¿Es posible?

LAS DOS.—*(Como un eco)* ¡Sííí...!

(Javier y Rita, entre tanto, ya han cruzado la escena y se encuentran junto a la primera puerta de la derecha)

JAVIER.—Dile que no tengo prisa. Puedo esperar.

RITA.—Sí, señor.

JAVIER.—*(Sonriendo)* ¡Ah! Y ya puedes empezar a tratarme con más confianza, ¿sabes? Porque desde hoy me verás mucho por aquí. Para el caso, como si fuera de la familia...

(Margarita, Teresita y Rosita tienen que taparse la boca para sofocar un grito)

LAS TRES.—¡Ay!

TERESA.—¿Has oído, mamá?

MARGARITA.—*(Espantada)* Pero este hombre es un cínico.

RITA.—Mucho gusto, señor...

(Rita abre la primera puerta de la derecha para que pase Javier y luego marcha hacia el fondo. Sale. Margarita y sus hijas han pasado hacia la izquierda. Javier, al volverse para salir, las descubre y sonríe)

JAVIER.—Buenos días, señora. Lamento que no estemos presentados. Javier Castellanos, a sus órdenes.  Estas señoritas son hijas suyas?

MARGARITA.—*(Secamente)*  S !

JAVIER.—Muy bonitas. Muy graciosas. Y muy...

(De pronto, las mira fijamente. Y se alegra muchísimo)

 Hola! Pero si resulta que son iguales.  Ellas también!

MARGARITA.— C mo?

JAVIER.—*(Transición)* No, no, nada. No he dicho nada. Una tontería. Usted perdone. He tenido mucho gusto. Capitán Castellanos...

(Y sale por la primera puerta de la derecha. Apenas ha salido, Teresita y Rosita se agitan como dos pajaritos piando. Dentro suena otra vez la campanilla)

LAS DOS.— Ay, mamá!  Ay, mamá!  Ay, mamá!

MARGARITA.— A callar!

(En el fondo aparece Pepito, muy sofocado)

PEPITO.— Margarita!

MARGARITA.—Pepito...

(Pepito acude sucesivamente a Teresita y a Rosita)

PEPITO.— Rosita!  Teresita!

TERESA.— Al revés!

ROSITA.— Yo soy Rosita!

TERESA.—Y yo, Teresita...

PEPITO.— Huy!  Maldita sea! No acierto nunca...

MARGARITA.— Qu  ocurre, Pepito?  Por qué está usted tan excitado?

PEPITO.—Pero  es que no saben ustedes la noticia? Se dice que la Gobernadora...

(Dentro se oye la campanilla, que resuena de nuevo, y voces confusas de Rita y el Marqués)

TODOS.—¡Oh!

MARQUÉS.—*(Dentro)* ¡No, no y no! ¡No intente usted detenerme!

RITA.—*(Dentro)* Pero señor Marqués...

(Aparecen los dos en la entrada del fondo)

MARQUÉS.—¡Atrás! Necesito comprobar si la Gobernadora ha pasado o no ha pasado la noche en casa. Si la Gobernadora ha pasado la noche fuera de casa, la República Federal está al caer...

PEPITO.—¿Usted cree?

MARQUÉS.—¡Sí! La Monarquía no podrá resistir este golpe tan duro...

TODOS.—¡Oh!

(El Marqués se yergue todo lo que puede y se encara solemnemente con Rita. Muy en tribuno)

MARQUÉS.—¡Ciudadana!

RITA.—*(Apuradísima)* ¡Ay, señor Marqués! Eso sí que no...

MARQUÉS.—Conteste, ciudadana. Es el pueblo soberano quien pregunta. ¿Es cierto o no es cierto que la señora Gobernadora ha pasado la noche en el Hotel Europa, donde también se aloja el capitán Castellanos?

MARGARITA.—*(En un grito)* ¡Marqués!

MARQUÉS.—¡Señora!

MARGARITA.—*(Dolidísima)* Las niñas...

TODOS.—¡Oh!

LAS DOS.—Pero, mamá...

MARGARITA.—¡Silencio!

(Y se dirige al fondo, seguida de las dos niñas y de Rita. Desde allí se vuelve)

¡Marqués! Quien puede contestar a su pregunta mejor que nadie es el propio capitán Castellanos, que está en ese salón. Porque, para que usted se entere, ese hombre entra aquí como si fuera de la familia... ¡Vamos!

(Y, con mucha dignidad, sale por el fondo con Rita y sus hijas. El Marqués y Pepito se quedan atónitos, mirándose mutuamente)

MARQUÉS.—¡Cómo! ¿Que está ahí el capitán?

(Pepito escapa hasta la primera puerta de la derecha, la entrea-bre y mira al interior)

PEPITO.—¡Sí! Ahí está.

MARQUÉS.—¡Que salga! *(Con entusiasmo)* ¡Que salga ese valiente!

PEPITO.—¡Chiss! Capitán...

(Asoma Javier por la derecha. Muy prudente)

JAVIER.—Buenos días. ¿Me llaman ustedes?

MARQUÉS.—¡Sí!

(Y avanza hacia Javier, con los brazos abiertos. Emocionadísimo)

¡Hijo!

JAVIER.—*(Estupefacto)* ¡Caramba!

MARQUÉS.—¡Venga usted a mis brazos! Apriete fuerte. ¡Fuerte!

(Javier se conmueve)

JAVIER.—Pero qué simpáticos y qué buenos son ustedes conmigo. ¡Hay que ver! No sé cómo agradecerles...

MARQUÉS.—¡Hijo! Mucho esperábamos de usted. Pero tanto y tan pronto... Nunca, nunca lo hubiéramos creído.

PEPITO.—Lo que decía mamá esta mañana: ¿qué tendrá ese hombre?

JAVIER.—*(Asombradísimo)* ¿De veras decía eso su señora mamá?

PEPITO.—¡Claro! Y con muchísima razón. Porque, vamos, ha sido llegar, ver... y lo demás. Cuando se enteren en el Casino, le van a dar un banquete.

JAVIER.—¿A mí?

PEPITO.—¡Claro!

JAVIER.—Un momento, señores... ¿Puedo saber a qué se refieren ustedes?

(El Marqués y Pepito se miran, se guiñan y sonrían divertidísimos)

MARQUÉS.—¡Je!

PEPITO.—¡Marqués!

MARQUÉS.—¡Pepito!

PEPITO.—Y todavía lo pregunta...

MARQUÉS.—Ya, ya...

(Los dos se ríen. Se vuelven hacia Javier y le contemplan con muchísima ternura)

PEPITO.—¡Qué fresco!

MARQUÉS.—¡Qué granuja!

JAVIER.—¡Oiga!

MARQUÉS.—¡Chiss! Ni una palabra.

(Se vuelve y mira en torno, precavido)

Lo sabemos todo, perillán.

JAVIER.—¿Todo?

PEPITO.—¡Todo!

JAVIER.—Pero ¿qué es lo que saben ustedes?

MARQUÉS.—¡Chiss! Sabemos que esta noche, en el Hotel Europa, ha tenido usted una entrevista con cierta dama...

JAVIER.—¡Ah! Era eso...

PEPITO.—¡Claro!

MARQUÉS.—¡Je!

(Javier, ceñudo, con disgusto, se sienta en el sofá)

JAVIER.—Lo siento. Creí que este secreto era solo mío. *(Con ansiedad)* ¿Y también saben ustedes quién es ella?

PEPITO.—¡Toma!

MARQUÉS.—¡Hombre! Pues no faltaría más...

(Javier baja la cabeza y sonrío)

JAVIER.—¡Pobre mujer! Y pensar que cuando me lo confesó todo ella creía que no lo sabía nadie... Porque no me negarán ustedes que el caso es muy curioso.

MARQUÉS.—Le diré. Como que, ¿quién lo iba a pensar?

(Pepito, que no puede más de curiosidad, se sienta presuroso en el sofá junto a Javier)

PEPITO.—Y entre caballeros, capitán. ¿Cómo fue?

(Javier le mira largamente y sonrío. Es muy feliz)

JAVIER.—¿Que cómo fue? Pero si ni yo mismo lo sé...

PEPITO.—¿Oye usted, Marqués?

JAVIER.—Un milagro. Yo llegaba de Madrid después de un escándalo. Un escándalo más, en una vida llena de azares y de locuras. Yo soy uno de esos hombres que, buscando un poco de paz, viven siempre en guerra. La paz en el amor cuesta tantas batallas inútiles... Venía decidido a hundirme en el sosiego de esta provincia; dispuesto a morir de aburrimiento, si era preciso. Pero, de pronto, surgió ella... Apenas la vi, me di cuenta de que no era una más. Y anoche, en el Hotel Europa, ya estaba seguro. Porque la verdad es que no es lo que parece. ¡Oh, si ustedes supieran! Debajo de esa apariencia hay una mujer que no conoce nadie. Dulce, buena, generosa, apasionada. *(Con entusiasmo)* ¡Oh! Es extraordinaria.

(Pepito, que le escucha embelesado, se revuelve muy mohíno)

PEPITO.—¡Maldita sea! Siempre tiene que venir uno de Madrid a descubrirnos las delicias de la localidad...

MARQUÉS.—Bien, capitán. Pero lo que no acabo de explicarme es su presencia de hoy en esta casa, después de lo que ha pasado anoche... La verdad, me parece excesivo.

JAVIER.—*(Sencillamente)* ¡Hombre! Lo natural en estos casos es contárselo a la familia...

(Pepito y el Marqués casi pegan un salto)

LOS DOS.—¿Cómo?

JAVIER.—¿Por qué se asombran ustedes? Ya les he dicho que no se trata de una aventura más. Vengo decidido a llevármela para siempre...

MARQUÉS.—*(Boquiabierto)* ¿Qué...? ¡Repita eso!

PEPITO.—*(En un grito)* ¡¡Marqués!!

JAVIER.—Nada, nada. Lo tengo muy pensado. Hablaré con doña Mariana y, si no se hace cargo, se lo contaré todo al Gobernador.

PEPITO.—¿Al Gobernador?

MARQUÉS.—¿Será usted capaz?

JAVIER.—Ya lo creo. Y estoy seguro de que el Gobernador se pondrá de mi parte.
(*Sonríe con evidente experiencia*) Entre hombres...

(*El Marqués y Pepito se miran excitadísimos*)

MARQUÉS.—¡Pepito!

PEPITO.—¡Marqués!

MARQUÉS.—¡Este hombre es único!

PEPITO.—¡Es un genio!

JAVIER.—Pero...

(*Por el fondo asoma con cautela Margarita*)

MARGARITA.—¡Chiss! ¿Era o no era verdad? Porque las niñas no pueden más de curiosidad...

MARQUÉS.—¡Sí! ¡Era verdad! (*Con gran entusiasmo*) ¡Todo era verdad!

MARGARITA.—(*Horrorizada*) ¡Jesús!

(*Y en el acto surgen las niñas, más revoloteantes que nunca*)

LAS DOS.—¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!

(*Se abre la segunda puerta de la derecha y, en el umbral, aparece... Una gran dama, vestida con un traje negro de ceremonia. Por su empaque, por su majestad, parece Adelaida. Una nueva Adelaida que sonríe*)

TODOS.—¡Oh!

MARGARITA.—¡Adelaida!

PEPITO.—¡Señora!

(*Adelaida avanza unos pasos, dichosísima*)

ADELAIDA.—¡Mis queridos amigos! ¡Qué alegría verlos aquí tan de mañana! ¡Chiss! Ni una palabra. Ya sé de qué se trata. Pero está todo resuelto. (*Muy contenta*) Mi marido ha decidido, por fin, autorizar la velada de homenaje a los voluntarios de Cuba...

TODOS.—¡Oh!

ADELAIDA.—De manera que pónganse de acuerdo con mamá para continuar los ensayos de la obra y todos los demás preparativos. Y, a propósito, ¿no podría yo colaborar con vosotros, Margarita? Me gustaría tanto. ¿Eh? ¿No habría un papelito que yo pudiera hacer?

MARGARITA.—¿Tú? Pero, Adelaida...

ADELAIDA.—Sí, sí. Yo misma. ¿Qué te parece? (*Ríe suavemente*) Después de todo, ¿por qué no podemos divertirnos un poquito? La alegría también es una virtud. ¿Te extraña que hable así, yo, Adelaida, la austera Gobernadora? Pues no te asombres demasiado. Resulta que llega un momento en el que una comprende lo que no ha comprendido nunca. Y entonces es como si se descubriera por primera vez el mundo y la vida y todo... Estoy más contenta, Margarita, más contenta... ¡Ah! Se me ocurre una idea. Tengo que salir, porque he de acompañar a mi marido a la inauguración de las obras del Hospital. La Reina ha querido que, en su nombre, ponga yo la primera piedra. Es tan cariñosa conmigo Su Majestad... Pero vuelvo en seguida y todos ustedes se quedan a almorzar con nosotros. (*Ríe*) ¡Silencio! No admito negativas. ¡Orden de la Gobernadora!

*(De pronto, suspende su risa porque descubre a Javier.
Sorprendida)*

¡Ah! ¡Caballero!

JAVIER.—¡Señora!

(Todos los demás, con los ojos muy abiertos, siguen atentísimos el diálogo)

ADELAIDA.—¿Nosotros nos conocemos?

JAVIER.—Solo nos hemos visto un momento, señora. Ayer, cuando visité a doña Mariana. Pero es muy natural que la señora Gobernadora no recuerde...

ADELAIDA.—¡Ah! Sí... El capitán Castellanos.

JAVIER.—(*Saludando*) ¡A la orden de la señora Gobernadora!

ADELAIDA.—Bueno. Pues usted también almuerza con nosotros. Le dejo en manos de estos amigos que sabrán hacerle los honores de la casa. Vuelvo, vuelvo en seguida...

(Adelaida sale por el fondo. Todos la siguen con la mirada, en silencio. Después, Margarita, las niñas, el Marqués y Pepito,

que han formado un grupo a la derecha, se miran atónitos. Un silencio. Javier, tan tranquilo, al otro extremo, sonrío muy satisfecho)

JAVIER.—Verdaderamente, tengo que reconocer que la Gobernadora no es lo que me habían dicho... Ni muchísimo menos. La verdad, señores, a mí me parece una mujer encantadora.

MARQUÉS.—Un momento, un momento, capitán. *(Se acerca. Muy bajito)* Pero ¿no es ella?

JAVIER.—*(Sorprendido)* ¿Cómo?

MARQUÉS.—¿No es ella la dama del Hotel Europa?

(Javier se pone en pie, estupefacto)

JAVIER.—¿Quién? ¿La Gobernadora?

PEPITO.—¡Claro!

JAVIER.—Pero, señores, ¿cómo se les ha ocurrido a ustedes semejante locura?

TODOS.—¿Qué?

MARQUÉS.—Pero, capitán, todas las apariencias...

JAVIER.—¿Qué está usted diciendo? *(De pronto)* Pero ¿entonces no saben nada? ¡Oh! Y decían que estaban en el secreto. *(Transición)* ¡Caballeros! ¡Señora! Discúlpenme. He de hablar con doña Mariana...

(Y sale, muy decidido, por la primera puerta de la derecha. Todos están boquiabiertos. Un silencio)

MARQUÉS.—¡Pepito! No era verdad...

PEPITO.—Ya, ya lo veo, señor Marqués...

MARQUÉS.—¡Hijo! Me parece que hoy es un mal día para la República Federal...

(Y, muy compungido, seguido de Pepito, sale por la primera puerta de la derecha. Quedan en escena Margarita, Teresa y Rosita. Un silencio, durante el cual Margarita, dando golpecitos con un pie en el suelo, señal de inequívoca irritación, mira a sus hijas con una tremenda severidad. Las dos niñas están muy asustadas)

LAS DOS.—Pero, mamá...

MARGARITA.—*(Imponente)* ¡A callar!

LAS DOS.—¡Oh!

TERESA.—¡Ay, Jesús!

MARGARITA.—¡He dicho que a callar! Mentirosas, más que mentirosas. Conque habíais visto a Adelaida besando al capitán. ¡Embusteras!

LAS DOS.—Pero mamá...

MARGARITA.—¡Calumniadoras! ¡Ah! Pero esta vez habéis ido demasiado lejos. A la noche hablaré con vuestro padre y mañana ingresaréis internas en el convento de Santa Dominica...

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—¡A callar!

(Marcha hacia la primera puerta de la derecha. Desde allí, se vuelve)

Me avergüenzo de vosotras.

(Y sale. Las dos niñas rompen a llorar desconsoladísimas)

TERESA.—¡Ay, Rosita!

ROSITA.—¡Ay, Teresita!

TERESA.—Pero si esta vez era verdad...

ROSITA.—Más verdad que nada...

(Las dos están sentadas en el sofá, muy juntitas y llorosas)

TERESA.—¡Ay, Rosita! ¡Al convento de Santa Dominica!

ROSITA.—¡Ay, Jesús!

(Lloran. De pronto, las dos se van calmando poco a poco)

TERESA.—Porque, si no era ella, ¿quién iba a ser?

ROSITA.—¡Eso!

TERESA.—Otra cosa es lo que nos pasa a nosotras, que todos nos confunden.

ROSITA.—¡Eso!

TERESA.—Y lo que hace la una parece que lo hace la otra. Siempre que mamá te pillá dándole un beso a un pretendiente, a mí me suelta una bofetada...

ROSITA.—Eso es verdad...

TERESA.—Y como eres tan besucona...

ROSITA.—Hija, que no lo puedo remediar. Pero a veces es al revés. Acuérdate. Cuando se te declaró Serafín, le tuve yo que decir que no, porque a ti te daba mucha pena del pobrecito...

TERESA.—Sí, sí. Pero como si no. Porque ahora, como está muy rabioso, para darte achares a ti, se me va a declarar otra vez.

(Un nuevo silencio. Las dos se quedan muy pensativas. Luego se miran sorprendidas)

TERESA.—¡Rosita!

ROSITA.—¡Teresita!

TERESA.—Si la Gobernadora estaba aquí besando al capitán y no era ella...

ROSITA.—¡Sííí...!

TERESA.—Y si la Gobernadora ha pasado la noche en el Hotel Europa y tampoco era ella... tiene que haber otra. Otra igual, igualita que ella.

ROSITA.—*(Ya nerviosísima)* ¡Sííí...!

(Se ponen en pie y se miran absortas)

TERESA.—¡Rosita! ¿Será posible?

ROSITA.—Jesús, Jesús, Jesús... ¿Se lo decimos a mamá?

TERESA.—¡No! Antes tenemos que estar muy seguras. *(De pronto)* Se me está ocurriendo una idea.

ROSITA.—¿La misma que a mí!

TERESA.—¿Sí?

ROSITA.—¡Sííí...!

TERESA.—¡Ay, Rosita!

ROSITA.—¡Ay, Teresita!

(Y, muy juntitas y alborotadas, salen las dos por la primera puerta de la derecha. La escena está sola durante unos segundos. Un gran silencio. Y, por la entrada del fondo, asoma, muy prudente, con muchas precauciones, Pepa. Mira minuciosamente en torno. Y ya convencida de que no hay nadie, regresa al fondo y llama)

PEPA.—¡Chiss! Pasa...

(En el fondo, asoma, con cierta prevención, Juanita. Viste como vestía en el primer acto, cuando marchó)

JUANITA.—¿No hay nadie?

PEPA.—¡Nadie!

JUANITA.—¿Nos habrán visto?

PEPA.—Descuida.

JUANITA.—¡Qué silencio!

(Juanita avanza unos pasos muy despacio)

PEPA.—¡Pche! La gente pudiente, que es muy callada, ya se sabe... Bueno, ya estarás a gusto. Ya te has salido con tu capricho. Ahora, entras en la alcoba de tu hermana, te vistes con su mejor traje... Ponte uno escotado, que eso nos favorece a todas... Después, te colocas todas las joyas que encuentres. Porque para una vez que las vas a llevar... Vuelves aquí, tiras de esa campanilla, empiezan a entrar criados y señorones para hacerte el «rendevú», y ya eres la Gobernadora por todo el día. Lo que hace falta es que todo salga bien, maldita sea mi estampa. Porque el capricho se las trae...

(Y marcha decidida hacia el fondo. Juanita la llama)

JUANITA.—¡Espera!

PEPA.—¿Qué?

JUANITA.—No te vayas todavía, Pepa. No me dejes sola.

(Pepa, que se ha detenido en el umbral de la puerta del fondo, la mira con mucha extrañeza y luego avanza hacia ella)

PEPA.—Pero, chica, Juanita, ¿qué te pasa?

JUANITA.—¿A mí? Nada. ¿Qué puede pasarme?

PEPA.—Oye. ¿Es que tienes miedo?

JUANITA.—¿Miedo yo? Tú estás loca. He venido de La Habana solo para vengarme de mi hermana. Para hacerle una trastada de la que se acuerde toda la vida. Traigo todo el coraje y toda la rabia que he guardado durante muchos años. ¡Y aún me preguntas que si tengo miedo! Nunca he tenido miedo a nada. Y bien lo sabes tú...

PEPA.—Entonces, ¿qué mosca te ha picado? Porque tú no eres la misma de ayer...

JUANITA.—¿De veras?

PEPA.—¡Toma! ¿Me vas a engañar a mí? ¿A la Pepa?

(Juanita, que está sentada en el sofá, se la queda mirando y acaba echándose a llorar)

JUANITA.—¡Pepa!

PEPA.—Pero, Juanita, mujer...

JUANITA.—¡Pepa! No sé lo que me pasa. No me conozco. Si yo fuera la de siempre, lo menos que haría ahora, al verme entre estas paredes, sería pegarle fuego a la casa. Pero no puedo, Pepa, no puedo. Y no sé por qué. Y me da un coraje...

PEPA.—Huy, huy, huy...

JUANITA.—¿Qué estás pensando?

PEPA.—Mírame a los ojos, Juanita. Cuando tú has cambiado desde anoche, es que ha pasado algo muy gordo. ¿No tendrá la culpa el capitán?

(Juanita baja los ojos, muy ruborizada)

JUANITA.—¡Qué cosas tienes!

PEPA.—*(En jarras)* Oye.

JUANITA.—¿Qué?

PEPA.—¿Qué pasó anoche cuando el capitán entró en tu cuarto en el Hotel?

JUANITA.—*(Muy bajo. Sonriendo)* Nada.

PEPA.—¿Me lo juras?

JUANITA.—Por estas...

PEPA.—*(Un suspiro)* No tienes remedio...

JUANITA.—Al principio, el pobre se creyó que todo serían facilidades. Es más granuja...

PEPA.—Como todos.

JUANITA.—Claro que él no tiene la culpa. Debe de estar muy mimado por las mujeres. Después, de pronto, se convirtió en un caballero. Pero con unas finuras, Pepa, y unas delicadezas como no he visto en ningún hombre. Y me oía callado. Y me miraba fijamente a los ojos. Y si yo me reía, él se reía. Y si yo lloraba, a él se le saltaban las lágrimas. Unas lágrimas pequeñas, como son las lágrimas de los hombres, ¿sabes? Y yo hablaba, y hablaba tan feliz y tan contenta. Y él, embelesado, que daba gloria mirarle. Se lo conté todo, ¿sabes? Todo. Desde aquel día que me escapé de casa hasta hoy... Ni un rincón de mi pensamiento le he ocultado. Ni un día de amarguras de tantos como hemos

pasado. Y cuando se fue, Pepa de mi alma, cuando se fue, me di cuenta de que se me había metido en el corazón sin que yo pudiera evitarlo...

PEPA.—¡Qué ladrón!

JUANITA.—Y por eso, ¿comprendes? Por eso ahora te parezco otra. Y por eso ya no me importa nada, ni siquiera el odio que le tengo a mi hermana. Porque solo me importa él, mi Javier. Y porque sé que si él supiera que estoy aquí y a lo que vengo, no le gustaría...

PEPA.—¡Chica! ¡Juanita! No llores más...

(Aparece Mariana por la embocadura de la izquierda, que se dirige a Juanita, muy decidida)

MARIANA.—¡Chiss! ¡Adelaida!

JUANITA.—¡Mamá!

MARIANA.—¡Chiss! Habla más bajo. ¡Adelaida! Te estoy buscando desde hace muchísimo rato. No sabes lo que ocurre... ¡Ha venido Juanita!

JUANITA.—¿Qué dices?

MARIANA.—¡Sí! Ha venido Juanita. Y está ahí, encerrada en tu propia alcoba... Y no sé lo que va a pasar, Adelaida, no sé lo que va a pasar.

JUANITA.—¿Qué dices, mamá? ¡Juanita soy yo!

PEPA.—¡Mi madre!

MARIANA.—*(Estupefacta)* ¿Cómo? ¿Que tú eres Juanita?

JUANITA.—¡Sí!

MARIANA.—¡Dios mío! Entonces, ¿quién es la otra?

JUANITA.—¿Cómo? ¿La otra?

MARIANA.—¡Sí! La que estaba aquí hace un momento.

(De pronto, cae en la cuenta. Un grito)

¡Jesús! Dios nos asista. ¡Era Adelaida!

JUANITA.—¿Cómo?

MARIANA.—¡Era Adelaida, que se ha hecho pasar por ti!

JUANITA.—¿Qué? ¿Que Adelaida se ha hecho para por mí?

MARIANA.—¡Sí!

PEPA.—¡Qué frescura!

JUANITA.—¡Ah, no! Pues eso sí que no. Eso sí que no se lo aguanto. Ahora verás. Ahora es cuando nos vamos a reír todos. Y de esta sí que se va a acordar. Lo juro por estas...

MARIANA.—*(Aterrada)* ¡Hija! ¡Juanita!

JUANITA.—¡Pepa!

PEPA.—¡A la orden!

JUANITA.—¡Ahora van a saber quién soy yo! Ahora sí que tengo fuerzas...

(Se abre la puerta de la derecha y aparece Javier. Todas se quedan inmóviles. Él sonríe)

JAVIER.—¡Juanita!

(Juanita se transforma. Todo su coraje se derrumba. Avanzan el uno hacia el otro)

JUANITA.—¡Javier! ¡Chiquillo!

(Javier la recoge entre sus brazos)

JAVIER.—¡Juanita! ¡Querida!

JUANITA.—¡Javier! Tú no me confundes con ella. ¿Verdad? Tú no me confundes...

JAVIER.—¡No! Para mí, ni siquiera te pareces.

JUANITA.—¿Por qué?

JAVIER.—Porque te quiero...

(Doña Mariana, que no comprende nada, está atónita)

MARIANA.—Pero, capitán, ¿qué es esto?

(Javier se vuelve hacia ella, sonriente)

JAVIER.—Es muy sencillo. Lo comprenderá usted en seguida. ¡Señora! Tengo el honor de pedirle la mano de su hija Juanita...

TELÓN

Cuadro segundo

Durante el brevísimo intermedio se oye al piano un fragmento de «La Paloma». El mismo decorado. Unos minutos después.

(La escena está sola cuando se levanta el telón. En seguida, se abre despacito la primera puerta de la derecha y aparece, sigilosamente, Teresa. Después de una ojeada al salón, se vuelve hacia el interior y llama)

TERESA.—¡Chiss!

(Asoma Rosita con las mismas precauciones que su hermana)

ROSITA.—¿Ahora?

TERESA.—¡Ahora!

(Y las dos avanzan de puntillas)

ROSITA.—¡Ay, Teresita!

TERESA.—¡Chiss! Vamos a averiguar si el capitán le dio un beso a la Gobernadora o a otra que no era la Gobernadora, pero que era igual, igual que la Gobernadora y por eso nosotras creímos que era la Gobernadora. Porque si no se demuestra que teníamos razón, mañana nos llevan al convento de Santa Dominica...

ROSITA.—¡Ay, Teresita!

TERESA.—Verás. Yo me planto aquí...

(Va hasta el primer término de la izquierda y adopta una postura que ella cree muy majestuosa)

Como si fuera la señora Gobernadora. ¿Comprendes?

ROSITA.—¡Qué bien estás!

TERESA.—Y en esto llega Pepito, que es el capitán...

ROSITA.—*(Escéptica)* Bueno. Eso...

TERESA.—¡Mujer! Para una prueba, vale el pobrecito...

ROSITA.—Oye. ¿Y si Pepito se da cuenta que todo es un experimento?

TERESA.—¡Qué tontería! (*Muy experta*) Con los hombres siempre está una haciendo experimentos y nunca se enteran...

ROSITA.—Eso es verdad. (*Transición*) Entonces, ¿ya?

TERESA.—¡Ya!

(Las dos, muy pícaras, se miran, sonríen, hacen un guiño de complicidad. Rosita, de puntillas, va a la primera puerta de la derecha, la entreabre, se asoma y llama encantadoramente)

ROSITA.—¡Chiss! ¡Pepito! (*Se vuelve hacia su hermana*) Ahí viene.

(Teresa asiente muy complacida. Rosita, de puntillas, marcha hacia el fondo y desaparece. Queda sola Teresa. Sonríe con un candor asombroso. Y, por la primera puerta de la derecha, aparece Pepito. La mira y sonríe arrobado...)

PEPITO.—¡Rosita!

TERESA.—¡Teresa!

PEPITO.—¡Huy! Eso es... ¡Teresa! ¿Me llamaba usted?

TERESA.—(*Dulcemente*) Pues sí...

PEPITO.—¡Oh! ¿Puedo saber por qué?

TERESA.—(*Muy ruborizada*) ¡Jesús! ¡Qué curioso es usted!

(Pepito avanza unos pasos, muy ilusionado)

PEPITO.—¡Teresa! ¿Esta llamada significa que siente usted alguna inclinación por mí?

TERESA.—(*Con dignidad*) ¡Pepito! Eso...

PEPITO.—(*Anhelante*) ¿Qué?

TERESA.—Eso no se le pregunta a una señorita, ea...

(Pepito, entusiasmadísimo, muy emocionado, avanza definitivamente. Y ella retrocede con mucho recato)

PEPITO.—¡Oh, Teresa!

TERESA.—Por Dios, Pepito, no me agobie. ¿No ve usted que estoy muy sofocada y me voy a echar a llorar de un momento a otro?

PEPITO.—¡Ángel de Dios! Entonces, ¿es cierto? ¿No estoy soñando?

TERESA.—(*Muy bajito*) ¡Pepito! ¿Quiere usted traerme mi pañuelito, que me lo he dejado en el sofá del otro salón?

PEPITO.—¡Con toda mi alma!

(Y marcha, muy decidido, hacia la primera puerta de la derecha. Allí se queda mirando largamente a Teresa)

¡Vida mía!

TERESA.—(*Sofocadísima*) ¡Jesús!

(Y sale Pepito. En el acto, Teresa, naturalísima, llama)

¡Rosita!

(En el fondo aparece Rosita)

ROSITA.—¿Qué?

TERESA.—Este chico es tonto...

ROSITA.—¡Huy!

TERESA.—Pero está al caer... Conque, adelante.

(Las dos, de puntillas, cambian de lugar. Teresa va hacia el fondo y desaparece. Rosita avanza hasta el primer término, se sitúa en el lugar en que estaba Teresa, toma su misma actitud y espera. Al fin, por donde se fue, vuelve Pepito)

PEPITO.—¡Teresa! Su pañuelito...

ROSITA.—Gracias.

(Y se seca delicadamente unas lágrimas imaginarias. Una pausa pequeña. Mientras Pepito la contempla fascinado, ella le observa a hurtadillas)

PEPITO.—¡Teresa!

ROSITA.—¿Qué?

PEPITO.—¿No cree usted que después de lo que ha pasado entre nosotros lo natural es que nos demos un beso?

ROSITA.—¿Es la costumbre?

PEPITO.—¡Sí!

ROSITA.—Entonces...

PEPITO.—¡Teresa! ¡Amor mío!

ROSITA.—¡Ay, Pepito! Pero qué mañas tiene usted...

(Pepito la atrae hacia sí y la besa apasionadamente. Y en tal momento surgen en la primera puerta de la derecha doña Margarita y el Marqués, que, como es lógico, se quedan aterrados ante lo que ven. Doña Margarita lanza un grito)

MARGARITA.—¡Ayyy!

MARQUÉS.—¡Demonio!

PEPITO.—(Asustadísimo) ¡Margarita!

MARGARITA.—¿Qué...? ¡Marqués! ¿Qué es lo que han visto mis ojos?

MARQUÉS.—¡Señora! Tiene usted unas preguntas...

(Doña Margarita, roja de indignación, se vuelve a Pepito)

MARGARITA.—¡Sinvergüenza!

PEPITO.—¡Caray!

MARGARITA.—¡Infame! ¡Seductor! ¡Perverso! Abusar así de una inocente. ¡Pobre hija mía! ¡Pobre Rosita!

PEPITO.—¡No es Rosita! (*Triunfal*) ¡Es Teresa!

MARGARITA.—¡Es Rosita!

PEPITO.—¡Es Teresa!

MARGARITA.—¡Es Rosita!

PEPITO.—¡Es Teresa!

(Los dos con mucha energía. Rosita, encantada, rompe a aplaudir)

ROSITA.—¡Hala! ¡Hala!

(Y por el fondo, muy contenta, irrumpe Teresa)

TERESA.—¡Teresa soy yo!

TODOS.—¿Qué?

TERESA.—Y esta es Rosita. Y Pepito se ha creído que era la una y era la otra. Porque cuando hay dos iguales, cualquiera se confunde. Y por eso, mamá, por eso mismo...

MARGARITA.—¿Qué?

LAS DOS.—Escucha, mamá...

(Y las dos niñas, muy excitadas, con mucha premura, toman a su madre cada una de un brazo y la conducen hasta la primera puerta de la derecha)

MARGARITA.—Pero, niñas...

LAS DOS.—¡Chiss!

(Salen las tres. Quedan solos Pepito y el Marqués)

PEPITO.—¡Señor Marqués! ¿Cree usted que después de lo que ha pasado mi deber es casarme con ella?

MARQUÉS.—Pero ¿con cuál de las dos?

PEPITO.—Con cualquiera... *(Heroico)* Me da lo mismo.

MARQUÉS.—¡Hombre!

(Aparece otra vez Margarita. Trae en el rostro la impresión de lo que acaban de revelarles sus hijas)

MARGARITA.—¡Marqués! No sabe usted lo que ocurre en esta casa. No puede usted imaginar. Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes? Si estaba clarísimo. La mujer que vieron las niñas en brazos del capitán era la otra... Porque hay dos.

MARQUÉS.—¿Cómo?

PEPITO.—¿Qué dice?

MARGARITA.—¡Sí! Vengan ustedes conmigo. Aquí pueden oírnos.

MARQUÉS.—Pero, señora...

MARGARITA.—¡Silencio! Vengan, vengan ustedes...

(Y salen los tres por la primera puerta de la derecha. Queda la escena sola unos pocos instantes. Al fin, se alza despacio una cortina de la embocadura y aparece Juanita. Entra lentamente, ensimismada. Despacio, con aire ausente, cruza la escena y se sienta en el sofá. Clava los ojos en el suelo. Y llora. Una cortísima pausa. Y por la embocadura entra Pepa. Va hacia Juanita y se sienta a su lado. También está muy conmovida)

PEPA.—¡Chica! ¡Juanita! No llores más, que me vas a hacer llorar a mí también. Anda, mujer, pues no tienes tú el llanto fácil. Pero si lo que pasa no es para llorar, sino para brincar de alegría. ¡Figúrate! Un buen mozo que se quiere casar contigo... Pues no es nada.

JUANITA.—Calla, Pepa...

PEPA.—Menuda felicidad, chica. Casarte y volver a ser la que fuiste, la que nunca debiste dejar de ser. ¡Una gran señora! Vivirás en una casa como esta, con todos los lujos. Tendrás un gran coche. Y criados, y vestidos, y joyas, y qué sé yo... Todo, todo lo que se puede tener.

(Poco a poco, se ha ido emocionando mientras hablaba y ahora se echa a llorar decididamente)

¡Ay, Juanita de mi alma!

JUANITA.—¡Pepa! Pero ¿vas a llorar tú también?

PEPA.—*(Indignada)* Que no lo puedo remediar, maldita sea mi estampa...

JUANITA.—Pues ya puedes secar esas lágrimas, que no me caso...

PEPA.—*(Atónita)* ¿Qué estás diciendo?

JUANITA.—Lo que oyes...

PEPA.—Pero si estás chiflada por él...

JUANITA.—¿Y qué importa? Eso es para mí sola.

PEPA.—¡Juanita!

JUANITA.—Pero ¿no lo comprendes, Pepa? *(Con mucha emoción. Con un enorme rubor)* Ya es demasiado tarde. Javier es tan bueno, tan noble, tan caballero... Se merece otra mujer. Una mujer con un pasado limpio, intachable...

(Pepa, indignada, se yergue)

PEPA.—Oye, oye... ¿Y tú qué tienes que reprocharte?

JUANITA.—¡Pepa! *(Muy avergonzada)* ¿No lo sabes?

PEPA.—¡De nada! Que lo que pasó, pasó hace muchos años. Una locura de juventud, que, después de todo, fue por amor, y no prueba más que de todo lo que eres capaz cuando quieres a un hombre. Luego, ¿qué pueden decir de ti? Que me lo pregunten a mí, que me has tenido en vilo durante diez años. «Pepa, no seas loca». «Pepa, que esto no está bien». Pero, hija, si en Montevideo te llamaban La Princesa, por guapa y honrada, ¡leñe!, que todo hay que decirlo. *(Transición)* En cambio, acuérdate de lo que me llamaban a mí...

JUANITA.—¡Pepa!

PEPA.—No, si no lo digo. Pero en fin, la verdad es que si el capitán se hubiera enamorado de mí, habríamos tenido que sacarle del error...

(Juanita, bruscamente, se pone en pie muy decidida y da unos pasos hacia el fondo)

JUANITA.—¡Se acabó, Pepa! No te canses más. He dicho que no me caso y no me caso...

PEPA.—Pero ¿serás capaz?

JUANITA.—¡Sí! Lo soy. Lo único que quiero es salir de aquí sin volver a verle y sin que nadie me vea. Y nos marcharemos a Madrid en el primer tren. Y después, a Cuba, otra vez, o a donde Dios nos lleve. ¡Y ojalá que no hubiéramos venido nunca!

(Juanita, en su escapada, ha llegado hasta el balcón del fondo. Y allí está ahora, de cara a los cristales, de espaldas al público y a Pepa)

PEPA.—Pero, Juanita...

JUANITA.—¡Cállate! Y haz lo que voy a decirte. Ahora mismo vas a la estación, tomas dos billetes para el primer tren de Madrid, y me esperas allí. Y antes de salir, llama a mi madre. Quiero despedirme de ella...

PEPA.—¡Juanita!

JUANITA.—¡Llama a mi madre!

(Pepa la mira largamente. Un fugaz silencio)

PEPA.—Está bien.

(Y sale por la embocadura. Queda Juanita sola. Apoyada en la jamba del balcón, solloza unos instantes. Y, bajo la embocadura, aparece Javier. Queda allí, quieto, mirando a Juanita y sonríe. Al entrar, un pequeño ruido cualquiera, quizá una silla que se mueve, o el crujir de las cortinas, ha denotado su presencia. Juanita no vuelve el rostro... Y se enjuga las lágrimas mientras habla)

JUANITA.—¿Eres tú, mamá? Te he llamado porque me marchó, ¿sabes?, y no quiero que lo sepa Javier. No tendría valor para despedirme de él. La verdad es que nunca debí volver. Todo estaba bien como estaba. Mi hermana aquí, entre

sus lujos y su señorío. Yo por ahí, rodando por esos mundos... Pero libre. Así tenía cada una lo que le había pedido a la vida. *(Un silencio)* ¡Mamá! Cuando yo me haya ido, dile a Javier que se había equivocado. Dile que yo no soy como él cree. Dile que la Juanita que él ha conocido anoche no era más que una pobre mujer vencida por unos besos, por unas palabras de amor... Dile que ni yo misma me reconozco. Dile todo eso. Pero dile también, y no lo olvides, por Dios, que me voy queriéndole con toda mi alma...

(Un sollozo. Un silencio. Javier sonrío. Y con la voz un poco emocionada, se vuelve hacia una imaginaria doña Mariana que, al parecer, está allí, en el centro del escenario)

JAVIER.—¡Je! Yo también tengo algo que decirle a usted, doña Mariana...

(Juanita se vuelve súbitamente, con la sorpresa y el rubor en el rostro)

JUANITA.—¡¡Javier!! Eras tú...

(Javier, impasible, continúa en la misma actitud)

JAVIER.—¡Je! Dígale usted a Juanita que estoy convencidísimo de que no debía casarse conmigo. Porque la verdad es que no soy un buen partido, ni mucho menos. Nada, nada, no se empeñe usted en llevarme la contraria. Si sabré yo lo que digo. Mi padre me ha desheredado dos veces y la última va en serio. Y conste que mi madre tiene toda la razón. Porque no hay derecho, doña Mariana, no hay derecho...

JUANITA.—*(Muy bajo)* Javier...

JAVIER.—Pero dígale usted también que, a pesar de todo, aunque sé que no la merezco, si se escapara, yo la encontraría hasta en el último rincón de la tierra.

(Juanita da un paso hacia él)

JUANITA.—¡Javier! ¿Serías capaz?

JAVIER.—¡Naturalmente!

JUANITA.—Pero ¿no te das cuenta de que vamos a ser muy desgraciados?

JAVIER.—*(Encantado)* ¡Muchísimo!

JUANITA.—Yo soy muy indómita, muy voluntariosa. Tengo muy mal genio...

JAVIER.—¡Huy! Pues si yo te contara...

JUANITA.—Entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

JAVIER.—No lo sé. *(En el colmo de la felicidad)* Lo vamos a pasar muy mal...

(Se miran un instante callados. Luego Juanita se refugia en sus brazos)

JUANITA.—¡Javier!

JAVIER.—*(Sonríe)* ¿Tenías miedo?

JUANITA.—Por ti. Solo por ti.

JAVIER.—Escucha. He hablado con tu madre y estamos de acuerdo en todo. No hay tiempo que perder. No puedes continuar aquí ni un minuto más. Nos vamos a Madrid ahora mismo. Hay un tren dentro de media hora... Claro que cuando se entere mi coronel me trasladará de guarnición. Pero eso me pasa siempre...

JUANITA.—¡Ay, Dios mío!

JAVIER.—En Madrid, vivirás unos días en casa de mis padres. El tiempo preciso para disponerlo todo. Tu madre vendrá en seguida... *(Transición)* ¿Qué buscas?

(Juanita, en pie, está en el centro del escenario, mirando suavemente en derredor, mientras se arranca una última lágrima)

JUANITA.—Nada... Me gustaría que Adelaida estuviera oyéndonos para que supiera que ya no la odio. Porque si ayer entré aquí loca de rabia y de coraje, por eso, solo por eso, te he encontrado a ti...

(Transición. Decida, va a Javier y se coge de su brazo)

Vamos, Javier.

JAVIER.—Vamos.

(Salen los dos por el fondo. Queda la escena sola. Por la embocadura se asoma doña Mariana. Se ve claramente que ha estado escuchando. Tras ella, Pepa)

PEPA.—¿Ya?

MARIANA.—Ya.

(Doña Mariana cruza la escena y llega hasta el balcón. Alza un visillo y mira a la calle. Pepa, al otro lado, se sienta en un sillón. Vuelve doña Mariana, despacito, secándose una lágrima. Pepa se echa a llorar con un infinito desconsuelo)

PEPA.—¡Ay, doña Mariana de mi alma!

MARIANA.—Pero, Pepa...

PEPA.—Mande.

PEPA.—¿Está usted llorando?

PEPA.—Sí, señora. *(Muy indignada consigo misma)* Pero si cree usted que es porque me quedo sola y voy a ser una desgraciada, se equivoca. Porque yo... yo... yo ya sabré arreglármelas por mi cuenta, que la hija de mi madre...

MARIANA.—¡Pepa! ¡Pobre Pepa! ¿Qué va usted a hacer ahora?

PEPA.—Pues no lo sé... Y eso es lo que apura.

MARIANA.—¡Oh!

PEPA.—Porque como Juanita me ha tenido tan sujeta durante estos años, ahora que me veo suelta de pronto, cualquiera sabe lo que va a pasar...

MARIANA.—*(Muy asustada)* ¡No!

PEPA.—Que sí, doña Mariana, que sí. Que yo me conozco...

MARIANA.—¡Pepa!

PEPA.—¡Ay, doña Mariana de mi alma!

(Y sale desconsoladísima por la embocadura. Doña Mariana va a seguirla. Pero en este momento se oye un rumor de voces fuera, en la calle. Y vítores y aplausos)

MARIANA.—¿Qué? ¿Qué es eso? ¡Rita!

(Aparece Rita, muy contenta y muy apresurada, por el fondo)

RITA.—¡Doña Mariana!

MARIANA.—¿Qué ocurre?

RITA.—¿No lo sabe usted? ¡Que la calle está llena de gente que aplaude a la señora Gobernadora!

MARIANA.—Pero ¿es posible?

RITA.—¡Sí, señora!

(Nuevos aplausos en la calle. Rita va al balcón)

Ahí está. Ahora baja del coche. Mire, mire... Ya se está despidiendo de la comitiva...

MARIANA.—¿Son muchos?

RITA.—Los de siempre. El Ayuntamiento, la Diputación, las fuerzas vivas y el Regimiento número dos...

MARIANA.—¡Jesús!

(Rita vuelve junto a doña Mariana)

RITA.—¡Ay, doña Mariana! ¡Qué éxito! Ha sido en la inauguración de las obras del Hospital. Dicen que cuando doña Adelaida ha empezado su discurso parecía otra. Hablaba con un fuego y con una alegría... Con una pasión... La gente se volvía loca. Hasta al Capitán General se le saltaban las lágrimas. Y eso que todo el mundo sabe la manía que le tiene a doña Adelaida. Y el alcalde y el presidente de la Audiencia, no quiera usted saber. ¡Y todos! Y después, cuando el señor Gobernador y la señora Gobernadora se despidieron, el pueblo ha rodeado el coche dando vivas a doña Adelaida...

(Dentro se oye la voz de Adelaida que se acerca)

ADELAIDA.—*(Dentro)* ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás?

(Rita se va hacia el fondo)

RITA.—¡Ya está aquí!

(Y en la entrada del fondo aparece Adelaida. Viste, naturalmente, el mismo vestido negro que lucía en el cuadro anterior. Trae el rostro iluminado por un gozoso sofoco)

ADELAIDA.—¡Mamá!

MARIANA.—¡Hija!

ADELAIDA.—Dame un abrazo, mamá. Y un beso. ¡Qué contenta estoy! Si supieras mamá, si supieras...

RITA.—¡Viva la señora Gobernadora!

(Se va Rita muy contenta por el fondo. Quedan solas Adelaida y Mariana)

MARIANA.—Pero, hijita, ¿qué ha ocurrido?

ADELAIDA.—*(Jubilosa. Emocionada)* Me quieren, mamá. ¿Te parece poco milagro? Me quieren. Todos, todos me quieren. Hasta me ha aplaudido la gente. A mí, mamá, a la terrible Gobernadora a la que todos tenían miedo. ¡Oh, mamá! Estoy tan contenta, tan contenta. ¡Qué fácil y qué difícil es la vida! ¡Ha bastado con que, de pronto, yo me convirtiera en otra! En otra mujer que también era yo, que estaba dentro de mí sin saberlo yo misma... ¡Oh, mamá, mamáita!

MARIANA.—*(Desconcertada)* Pero, Adelaida, ¿lloras?

ADELAIDA.—¡Sí!

MARIANA.—¡Oh!

ADELAIDA.—De alegría, mamá, de alegría...

MARIANA.—¡Hija! Yo no entiendo nada. ¿Quieres explicarme por qué te has hecho pasar por Juanita?

ADELAIDA.—¿Que por qué?

(Una transición. Se incorpora. Se queda mirando a su madre con brillo en los ojos)

Porque me figuré todo lo que iba a ocurrir si Juanita ocupaba mi puesto en esta casa un solo día. ¡La conozco tanto! Comprendí que en todo dejaría la huella de su gracia, de su alegría, de su encanto... Adiviné que volvería loco a mi marido y a todos los que nos rodean. Me di cuenta de que después, cuando ella hubiera desaparecido, para los demás, yo ya no sería yo, sino el recuerdo que ella dejara aquí de su paso por un día. Esa era su venganza. Hacer que los demás me quisieran... Pero no por mí misma, sino por ella. Por ella, ¿comprendes? Ella aquí presente siempre, siempre, para toda la vida... Imaginé todo eso, mamá. Y creí que me volvía loca de celos y de rabia...

(Con un ímpetu enorme, gozosísima, triunfal)

¡Y me adelanté! ¡Juanita fui yo!

MARIANA.—*(Horrorizada)* ¡Oh!

ADELAIDA.—¿Qué te parece, mamá?

MARIANA.—¡Dios mío! ¿Fuiste capaz?

ADELAIDA.—¡Sí! *(Transición)* Y fue tan fácil. Mientras hablaba como ella hubiera hablado, mientras hacía todo lo que ella hubiera hecho, yo me olvidaba de mí misma y casi casi me llegaba a creer que era Juanita...

MARIANA.—Es espantoso, Adelaida. En este momento, te miro y no me pareces tú. Tienes la misma mirada de Juanita, la misma sonrisa. Y al mismo tiempo, la pobre Juanita, que no es ni sombra de la que era, parece que ha adquirido de pronto toda tu seriedad. Bueno, la seriedad que tú tenías antes...

ADELAIDA.—¿De veras?

MARIANA.—¡Sí!

ADELAIDA.—(*Sonríe*) ¡Mamá! ¿Será que en el fondo de cada una de tus hijas está también la otra? ¿O será que en realidad las dos no somos más que una?

MARIANA.—(*Muy alarmada*) ¡No! Sois dos. Y tu padre es testigo...

ADELAIDA.—(*Riendo*) ¡Oh!

MARIANA.—Hijita, por Dios. Ten lástima de una pobre madre...

ADELAIDA.—¡Mamá!

(Una transición. Adelaida deja de reír. Casi inconscientemente, baja la voz)

¿Dónde está Juanita?

MARIANA.—Se ha marchado...

ADELAIDA.—¡Ah!

MARIANA.—Para siempre. Se la llevó el capitán.

ADELAIDA.—Como entonces...

MARIANA.—Sí...

(Las dos han hablado muy bajo. Con una contenida emoción. Mariana marcha hacia el balcón y queda allí mirando a la calle. Adelaida se sienta en un sillón de la izquierda)

ADELAIDA.—(*Suavemente*) Es curioso. Ha venido para descubrirme que la vida tiene un maravilloso secreto: ¡la alegría! ¡Gracias, Juanita!

(Se abre la puerta de la derecha y aparecen Rosita y Teresita precediendo al Marqués, a doña Margarita y a Pepito. Quedan los cinco en grupo a la derecha)

TERESA.—¡Chiss! ¡Mamá! ¡Esta es la otra!

MARGARITA.—¿De veras?

TERESA.—¡Sí! No hay más que verla...

PEPITO.—¡Sí! Se ve en seguida que no es doña Adelaida...

MARGARITA.—¡Marqués! ¿Cree usted que debemos darnos por enterados?

MARQUÉS.—Me parece muy oportuno...

(Doña Margarita y el Marqués avanzan y se sitúan uno a cada lado de Adelaida, que los mira muy extrañada)

¡Señora! Permítame que me presente. El Marqués de Fuente Real...

MARGARITA.—Amigos de la casa. Está usted tranquila...

MARQUÉS.—¡Chiss! Lo sabemos todo...

ADELAIDA.—¿Cómo?

MARGARITA.—¡Todo! Y la verdad, nos tiene usted de su parte... pase lo que pase.

Porque aquí estamos todos de Adelaida hasta la coronilla...

MARQUÉS.—Sí, señora. La Gobernadora es insoportable...

(Adelaida se pone en pie y casi grita)

ADELAIDA.—¡¡Mamá!!

MARIANA.—*(Aterrada)* ¡Adelaida!

(El Marqués, Margarita, Pepito y las muchachas pegan un respingo)

TODOS.—¿Qué?

MARGARITA.—¡Dios mío! ¡Era Adelaida!

(Y se vuelve furiosa hacia las muchachas)

¡Niñas!

LAS DOS.—*(Asustadísimas)* Pero, mamá...

MARGARITA.—Conque otra mentira, ¿eh?

LAS DOS.—¡Mamá!

MARGARITA.—¡Mañana, al convento!

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE